

**M. LATORRE**

**ON  
PANTA**

**ediciones  
ercilla**



---

Es propiedad de la Editorial Ercilla. Inscripción N.º 3853. Queda hecho el depósito legal.

---

M A R I A N O L A T O R R E

# ON PANTA

2767



EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1935

### **DEL MISMO AUTOR**

- CUENTOS DEL MAULE (1912)  
CUNA DE CONDORES (1918)  
ZURZULITA (1920)  
ULLY (1923)  
SUS MEJORES CUENTOS (1926)  
CHILENOS DEL MAR (1929)  
ERCILLA, AVENTURERO DE LA CONQUISTA (1934)  
ON PANTA (1935)

### **PROXIMAS**

- LA PAQUERA  
CHILLEHUE (Algunas historias de zorros y de hombres)  
TIERRA DE CONQUISTA  
MAPU  
VIENTO DE MALLINES (Novelas de los Andes)



# ON PANTA

(LOS CERROS)

Dos accidentes imprevistos que el azar juntó en un mismo día, me hicieron conocer a Don Pantaleón Letelier, a On Panta, como lo oí llamar con sorna campechana, a criados y amigos, en el rincón de montaña donde vivía.

Nunca he deplorado tales accidentes; al contrario, desde el fondo brumoso del recuerdo llega hasta mí como un rumor de agradecida complacencia.

Agradecido, en primer término, a la vaca de ancas puntiagudas que, la cola en arco, corrió despavorida delante de la locomotora, al llegar a la estación de Huinganes donde debíamos bajarnos; pero su fuga heroica sobre la dispareja geometría de los durmientes no tuvo la recompensa que merecía. La trompa de la pequeña máquina del ramal, a pesar de la habilidad del maquinista, le tronchó las patas traseras y nosotros presenciamos la agonía de la vaca de los cerros, rodeados de un coro de huasos barbudos que hacían toda clase de esfuerzos por adivinar el jeroglífico de la marca, estampada en el cuadril izquierdo del animal; y agradecido después, a los caballos que debían esperarnos a la margen opuesta del Maule y que, atraídos por la nostalgia de la serranía, saltaron los cercos de ra-

mas de un potrero ribereño y seguramente emprendieron la marcha hacia la querencia lejana.

Sentados en la arena, después de atravesar la hinchada corriente del Maule en una vieja lancha plana, nos miramos perplejos mi amigo y yo. Lo acompañaba a unas tierras que poseía en el corazón mismo de los cerros. Lo encontré en el puerto, poco antes de internarse a la sierra, donde iba a comenzar la cava de los viñedos.

Hacía dos años que no visitaba los cerros costeros, recorridos quebrada a quebrada y cumbre a cumbre en mi niñez y en mi juventud. Deseaba verlos una vez más. Irresistible seducción han tenido para mí las ásperas lomas y los risueños cañadones. Nunca he podido explicarme el bravío embrujo de esos boldos de verde obscura coraza que roza el vuelo de diucas y zorzales y más que todo, la paz azul de ese cielo, posado, sin embargo, sobre dentados perfiles de cerros y lomas desoladas.

En los días estivales, detrás de los montes, enormes nubes blancas duermen la siesta, ahitas de sol, y en los inviernos, el viento del Norte aúlla sobre los cerros, arriando los negros nubarrones que vienen del mar.

Finalizaba agosto y ya la leve pelusa del rebrote teñía las fragosas escarpas de las lomas y salpicaba de un polvillo verde claro los gajos grises de los hualles, donde aun persistían los pelotoncitos de carne rosa de los dihueñes invernales.

Un viento helado arrastraba hacia las tierras

bajas rumor de torrentes y píos de tencas y zorzales.

Como las cabalgaduras no aparecieron, a pesar de nuestras pesquisas, y como afortunadamente las monturas permanecían en la orilla, arrendamos dos caballejos serranos en los ranchos de la ribera. Llegaron a las once de la mañana, traídos por sus dueños. Eran dos bestezuelas cascudas y de expresión fatigada. Tenían aún su pelaje invernal y el viento erizaba los sueltos mechones como si quisiera arrancarlos de la dura piel. Empezamos inmediatamente el ascenso. No salían los caballos de su tardo pasitrote. Subiendo o bajando, era lo mismo.

Mi paisaje maulino no había cambiado gran cosa. Me resultaba más pobre, si cabe, idealizado por la lejanía y el recuerdo. Las mismas jorobas gredosas donde sólo los romerillos entierran sus raíces pertinaces. Las mismas quebradas que cubren oscuros boldos y claros maitenes, junto a un hilillo de agua. Y los mismos ranchos que parecen brotados de la tierra gris como los árboles y las hierbas, en tal forma se han coloreado con el matiz de la piedra y del terreno. Verdad es que el adobe de esos muros tiene de la greda del estero y de ella, también, la teja requemada que forma su techumbre; pero de improviso, mi corazón estalla de jubilosa sorpresa. A la vuelta de una escarpa, sobre la yerba recién brotada, se recorta la copa de nieve de un peral en flor. Tan blanco es, tan puro en su nivea transparencia, que se dijera el vellón de

una nube primaveral, enredado en la araña gris de su ramazón.

Llegamos a la cima al mediodía, acuchillados por el viento. La hosca serranía abríase hacia adelante en un valle, aterciopelado de claros verdes de huertas. Un riachuelo plateado partía la hoyada con un tajo recto. Descendimos rápidamente el declive. El camino caracoleaba como otra corriente, a la margen del riacho. Volvimos a ascender a otro cerro más alto. Una vieja casa maulina de largos corredores se dibujó a la orilla de un viñedo.

Mi amigo detuvo el caballo:

—Le vamos a pedir almuerzo a On Panta, porque a Peñalquín no llegaremos ni a las ocho de la noche.

Y decidido, enderezó el caballo por un senderillo cuyo término era una rústica tranquera de tramos paralelos. Sin bajarse, mi amigo corrió los tramos y nos acercamos a la casa.

Poco antes de llegar le pregunté:

—¿Y quién es este On Panta que yo no recuerdo?

Me miró picarescamente a los ojos.

—Es un cazador de leones,—dijo.

—¿Un cazador de leones?

—Sí, a eso se dedica. Gasta todo lo que le produce la viña, que fué muy buena, en alimentar una jauría que luego vamos a ver.

Como aún no estoy convencido, mi amigo ríe alborozado. En realidad, no le creo, porque lo conozco bien. Ha tomado la vida y sobre todo



ésta de los cerros, en forma ligera y campechana. Para él sus vecinos son actores que representan una grotesca comedia de astucia, cuyas escenas tiene que presenciar por la fuerza de las circunstancias. Si no, estaría perdido. La insidia del serrano al defender su trozo de cerro o apoderarse de lo que encuentra a mano, siempre que no se le oponga resistencia, toma innúmeros matices de astucia y de adaptabilidad. Mi amigo los conoce bien y por eso se ha hecho nombrar subdelegado. Así tiene al campo pleiteante y mezquino, preso en una trampa frágil de papel sellado. Con ellos, es un serrano más, preocupado del precio de los vinos y de las rencillas de los cerros; sin ellos, agiganta sus ridiculeces y se ríe de sus mezquindades y disputas lugareñas.

Vuelve a reír regocijadamente.

—Tal como te digo, es un cazador de leones.

Doblamos el extremo de la casona que da al campo. La muralla está desnivelada, a punto de desplomarse. Milagrosamente la sujetan gruesos maderos de roble sin labrar. Todo el tejado, con su geométrica ringlera de tejas ocrosas se inclina hacia la tierra estéril. El corredor se extiende, a lo largo de la casa, con la hilera dispareja de sus pilares. Es como el rostro de la casona sin pintar. Las ventanas, a ambos lados de la puerta, son dos pupilas frías, inmóviles, que miran torvamente hacia la viña, hacia el amontonamiento de cerros que oculta el horizonte.

Al darse cuenta de nuestra presencia, dos o tres perros flacos y lanudos ladraron furiosamente y sus agudos ladridos despertaron otros ladridos. En unos segundos, un desconcertado latir nos rodea. Los mansos caballejos despierdan de su modorra, amusgando las orejas. Impasible, mi amigo sonríe. Yo, asustado, miro en torno mío y amenazo con el rebenque a los quiltros que se aproximan a los estribos de mi cabalgadura; pero una vieja de zuecos ha aparecido en el corredor. Con agria voz amenaza a los perros, sin hacer caso de nosotros. Los ladridos se calman poco a poco. Los perros van a echarse en las cercanías del corredor, donde dormitaban a nuestra llegada, pero persisten sus gruñidos y bostezos. Son gérmenes de ladridos, aullidos que no alcanzan a precisarse, tintinear de cadenas, tarascones y gruñidos rabiosos. Miro interrogativamente a mi amigo. Este se limita a mostrarme un caserón de adobes, la bodega del fundo, según supe después, y tras ella, un corralillo que limita una fila de varillas de hualle como una empalizada. Y dentro, una docena de perros sabuesos, de grandes manchas caf es, que tiran de sus collares, gru en y aúllan, moviendo sus largas colas nerviosas.

Vuelvo a mirar a mi amigo; éste sonríe misteriosamente. No alcanza a explicarme nada, porque la vieja de zuecos se ha plantado delante de nosotros y nos observa con gesto interrogante:

— Est  Don Panta? — le pregunta.

Largo rato demora la respuesta. Unos ojillos duros nos miran fijamente. Al fin, responde con desgano:

—Pa entro está.

—Avísele que dos caballeros lo buscan, — ordena con entonación enérgica mi amigo.

Yo lo miro con asombro; pero comprendo. Su comedia empieza a desarrollarse en el mundo de los cerros y en contacto con los seres que lo habitan. Ese debe ser el tono de un juez y el de un patrón de las serranías.

La vieja obedece sin chistar. *Clac clac* resueñan los zuecos en el corredor enladrillado y nosotros nos quedamos, de nuevo, solos en el patio, sin desmontarnos, según lo requiere la cortesía campesina, hasta que el dueño de casa nos invite.

Sigo observando a esos perros prisioneros del corralillo que meten sus hocicos húmedos entre los palos y aúllan con angustia clamando por su libertad. La idea del cazador de leones y de esos perros encadenados, me trae a la memoria las palabras recientes de mi amigo. Termino por preguntarle seriamente:

—¿Entonces hay pumas en estos cerros?

Y seriamente me explica esta vez:

—Yo no he visto nunca ninguno; ni siquiera he oído decir que hayan. El viejo jura y perjura que los rastros están en todas las quebradas del contorno, pero como son pocos, los últimos, según él, han aprendido a ocultarse con mucha habilidad. Todas las semanas, a fines del

invierno, el viejo sale con sus perros y recorre todo el monte hasta la cima del Peñalquín y aunque vuelve sin ningún puma, explica que el león se le ha escapado. Una que otra vez, trae un zorro. Lo gracioso es que con estos perros no pueden cazarse leones. Pero no da su brazo a torcer. Uno de los perros es descendiente de leoneros. Ese ha de ser el que cazará al león de Peñalquín.

Esperaba, ahora, con impaciencia la aparición del viejo; pero los minutos pasaban, enhebrados con trinos de pájaros y bostezos de perros. En la viña, un escuadrón de torcidas cepas oscuras que parecían trepar trabajosamente el declive, charloteaban las tencas como viejas comadres ociosas.

De pronto, mi amigo adelanta su caballo hacia los corredores. Un viejo de baja estatura, pero de recias espaldas, cubiertas con un poncho de vicuña, cuyas haldas casi tocan el suelo, se ha asomado al corredor. Se apoya fuertemente en un tosco bastón campesino.

Mi amigo lo ha saludado familiarmente:

—Vecino, — le dice, — este caballero santiaguino y yo nos hemos convidado a almorzar en la Rinconada.

El viejo se adelanta hasta el borde del corredor. La cara es redonda, de una rojez lustrosa. Unos ojos claros, acuosos, nos miran con curiosidad. Sin que un músculo de su cara redonda se desplace, la voz cascada, casi afónica, murmura:

—Esmóntese, vecino. A su casa no más llega.

Desmontamos. Un mozo se lleva los caballos de la brida. On Panta nos ha invitado a sentarnos en un banco de roble, toscamente fabricado, bajo el corredor.

Mi amigo comienza a hablar de cosechas y de vinos. Yo observo al viejo. Toda su persona tiene ese matiz gastado de las serranías, el de los cerros gredosos, lamidos por las aguas, el de los arbolillos, enraizados en las piedras, el de las casas, llenas de parches y sostenidas por troncos de roble; sin embargo, bajo esa apariencia pobre, una vitalidad latente que se aferra al vivir, que lo resiste todo, la miseria y el tiempo.

Quise, en un principio, precisar su edad. Fué inútil esfuerzo. Podía tener treinta años como cincuenta. Una obesidad blanducha desvitalizaba su rostro. Parecía detenerlo en una edad indeterminada. Unos pelos rojos en el labio superior. Otros, en las mandíbulas. Incluso ellos, habían detenido su crecimiento. Y hasta el sexo. Si alguien lo hubiese visto sentado en el corredor sin conocerlo, hubiera creído que era una de esas viejas campesinas que usan poncho y sombrero masculino.

El viejo intentaba ser amable. Su voz cansada se atrevió a preguntarnos:

—¿Con qué puedo hacerles cariño, caballeros?

Mi amigo se apresuró a responderle:

—No se moleste, On Panta. Un trago de chicha y lo que Ud. haya echado a la olla.



El viejo se levantó, pidiéndonos humildes disculpas. A los pocos minutos una muchacha descalza, pero con la fuerte estampa de las mujeres serranas, nos trajo vino en un plato, a manera de bandeja. En los vasos de vidrio opaco temblaba un licor borriente, de pésimo aspecto. Tenía un penetrante regusto a pipa, a uvas a medio restregar, pero dejaba en el paladar una saludable sensación. Así era el vino de los cerros. Vino fermentado en viejos fudres coloniales, pura esencia de uvas de duro ollejo, pisoteadas en primitivas zarandas por primitivos vendimiadores.

Media hora después, almorzábamos en el rústico comedor de On Panta. Cazuela de cordero, porotos oscuros y sabrosos, tortillas recién hechas. Tosco condimento, pero nutritiva substancia que On Panta nos ofreció con sencilla cordialidad campesina. La verdosa indiferencia de sus ojos denotaba, sin embargo, curiosidad. Alternativamente se fijaban en mí o atendían a la verbosa alegría de mi amigo que recordaba la vida de los cerros o contaba anécdotas del veraneo en Constitución. Como era costumbre, siempre que el azar le traía un huésped a Don Pantaleón, la charla recaía en los zorros, enemigos de ovejas y de viñas; y de los zorros, en los pumas.

La verde opacidad de sus ojos se coloreó como el follaje al rozarlo la luz de la mañana. Sus mejillas redondas cobraron carácter. El rostro entero se encendió con extraordinario vigor. Y hasta sus manos, que parecían no existir, es-

condidas bajo el lanudo poncho, se animaron, posándose sobre la mesa. Sin embargo, no dijo nada. Escuchaba, prendido a las palabras de mi amigo. En el sur, donde había estado hacía años, existían pumas en las selvas cordilleranas, en las quebradas de los grandes ríos. Allí podían subsistir, porque abundaban los huemules y venados; pero aquí, en estos cerros pelados, donde cada dos años se veía un venado, ¿cómo podían vivir los pumas? Ni en los rebaños se había notado la desaparición de una oveja, si no era porque algún cuatrero se la carneaba a escondidas.

Los labios gruesos del viejo temblaban con un movimiento inconsciente. Como si dijese algo, en voz tan baja, tan confidencial que sólo él pudiese oírlo. Una idea, unas palabras habían brotado en la subconciencia y pugnaban por salir afuera, por convertirse en sonidos articulados.

La voz cascada, lejana, explicó, por fin, con protectora superioridad:

—Hay pumas pu'aquí, vecino. Es que hay que conocer los cerros pa noticiarse. Y yo dende chico los he trajinao, porque el finao mi paire me echaba con cabras pa Peñalquín, donde susiste una lionera, una cuevaza negra que no se le conoce fin. Ei si'han visto rastros. L'uña patente, en el barrito de la entrada. Eso sí que apenas marcá, porque el lión pisa no más que con la punta.

En la cara morena de mi amigo se pintaba una incredulidad burlona.

—¿Pero usted no se ha visto nunca con uno, On Panta?

Bajó los ojos con cierto pudor. La curva de las mejillas se recógia en un gesto embarazado. Las manos se escondieron bajo el poncho y se movían, debajo, con un gesto torpe de animal prisionero. Se disculpó sin mirarnos:

—De verlo, lo que se dice verlo, no, vecino; pero es lo mismo que si l'hubiera visto, de tanto que le oí a mi abuelo, cosas de liones.

Sus ojos volvieron a animarse. Salieron audazmente las manos de su escondite. El recuerdo de las hazañas de caza del abuelo, lo hacía, de nuevo, dueño de sí mismo. Se había penetrado con ellas y era como si las viviese realmente.

—Hubo zalagarda e liones, es que, por todos los cerros. No ejaba cabra en las cabrerías, ni se poían escuidar las crías de las yeguas trilladoras. Eran de esos colorados que son los más alzados. L'último que se puso a vista di'hombre lo cazó mi abuelo con dos perros mestros que tenía. El subió a un roble viejo y mi paire, qu'era medianito, ice que lloraba como cristiano, con lágrimas así tamañas.

Sus pequeñas manos se ahuecaban para dar idea de esas lágrimas gigantes vertidas por el león de Peñalquín. El entusiasmo doraba sus verdes pupilas opacas. Mi amigo sonreía ante esas lágrimas fantásticas, pero él no reparaba

que en la misma proporción habían crecido dentro de la fantasía de On Panta los pumas que sus perros no cazarían nunca.

—Ese león lo trajo mi abuelo p'al fondo y un inquilino qu'era muy curioso, lo rellenó y está como vivo. Nu'ha perdió pelo.

Mi amigo le observó, entonces, que había oído algo sobre ese león, pero nunca lo había visto. Asombro de On Panta al escuchar esta novedad. Nuevo asombro, al decirle que yo tampoco había visto pumas sino en grabados.

Se levantó decidido. Bien noté que una vanidad ingenua animaba su espíritu en ese momento.

—Este es de los más fieros, — explicó, — di'un color de venao nuevo, como los cerros.

Salimos al corredor. Era grato sentir la luz de afuera, a pesar del día invernal que una fría gasa neblinosa debilitaba. En este aire yerto, la florida blancura de los perales era escarcha cuajada sobre las ramas oscuras. Las alas se habían inmovilizado y el frío retorcimiento de las parras en el declive evocaba el invierno, no muerto aún del todo.

Seguimos a On Panta por el corredor. En el extremo, abrió una pesada puerta de roble sin pintar. Era un cuarto desnudo que recibía la luz por un alto ventanillo sin vidrios. Una mesa y una silla en el medio. Costaba habituarse a la fría penumbra de las paredes sin encalar. Algo oí chirriar en el piso sin tablas. Un choque de ruedas y de ejes. Sólo vi el bulto de

la manta en actitud de empujar; y luego el puma, sobre una plataforma con ruedecillas de madera, semejantes a las de las carretas serraniegas.

Y era cómico de veras el puma de On Panta. Con dificultad retuve la gana de reír, al ver la cara burlona de mi amigo, inmovilizada en un fingido gesto de seriedad, mientras sus ojos y todos los músculos de su cara estaban hinchados de risa.

El anónimo disecador de las serranías había embalsamado al león en una terrorífica actitud de ataque. Abierta la tarasca, a punto de morder su presa. Las patas torcidas; fuera de sus vainas las afiladas uñas; erguido el largo rabo peludo.

Me pareció temblorosa de risa la voz de mi amigo, al decirle a On Panta:

—¡Pero si está vivito!

Gozoso recibió On Panta el elogio. Se acercó a la cabeza del puma:

—Aquí, en los encuentros, se ve el agujero de la bala entuavía.

Nos acercamos para observarlo. Era un medio de disimular nuestra hilaridad. Entonces reparé en algo aún más grotesco. En los deformes ojos de un verde claro, como los de On Panta. Y no eran vidrios. ¿Dónde podía hallarlos, si no, el taxidermista primitivo de Peñalquín?

Pero en las orillas pedregosas del Purapel, que corre suavemente a dos cuadras de las casas, había piedras de todos colores y allí encon-



tró el inquilino de la Rinconada, en un alarde de fantasía, los pedruscos verdosos que hacían de ojos del puma, incrustados torpemente en las cuencas.

Las ancas del felino se perfilaban agudas, como si el hueso de la cadera intentara romper la piel, en contraste con la fornida redondez de los encuentros.

Aventuré una observación.

—El puma estaba flaco, On Panta.

Pero nunca la hubiera formulado. Una condescendiente superioridad se dibujó en los labios gruesos del viejo. Consciente de su valor, dejó caer las palabras. Cada sílaba era así una partícula de la eterna verdad.

—Es que está escaerao, mi señor. Se escaeró al querse de la rama, porque han de saber que la caera y la cruz son las dos cosas qu'el líon tiene de falso.

Noté, ahora, un collar de perro, erizado de toperoles de cobre, en torno del grueso cuello del puma y una cadena mohosa que lo sujetaba a un clavo de la muralla. Ni siquiera me atreví a mirar a mi amigo al hacer el nuevo descubrimiento, ni menos preguntarle al viejo la causa de esta extraña precaución; pero más adelante, cuando lo conocí a fondo, encontré la clave del enigma.

Un mundo primitivo, casi épico, se había detenido en el cerebro enfermo del viejo; un mundo diverso al que lo rodeaba. Lo que fué antes la montaña, un siglo antes quizá. Mundo hecho

de tradiciones y recuerdos que la imaginación del viejo corregía a cada minuto, agregando absurdos episodios en fantásticos parajes. Así, este puma grotesco, amarrado con una cadena, tenía para él, su poseedor, una docilidad de perro doméstico. Para los campesinos astutos, cuya socarrona malevolencia sentía él a su alrededor, a cada hora del día, una bestia feroz, un malhechor que no perdonaba ovejas ni crías de yeguas.

Este puma, caricaturescamente inmovilizado sobre un duro tablón de pellín maulino, constituía su refugio y su defensa. Su ensueño era realidad viva en la abierta tarasca y en las verdes pupilas de piedra. ¿Qué importaba que los zorrunos montañeses de Purapel se riesen de su manía? Para él, el puma vivía. Oleadas de agresiva sangre animaban la piel terrosa, aterciopelada por la vida como el oro del trigo al recorrer un golpe de aire la elástica sonoridad de las espigas. Los verdes pedruscos tenían la transparencia vítrea de la salud y los brazuelos, abandonando su presión, recorrían los campos y en saltos prodigiosos alcanzaban a las ágiles cabras y a las astutas potrancas de las yeguas trilladoras. Naturalmente, las de los serranos de la comarca.

Todo esto lo imaginaba, sin preguntárselo.

Oí su voz como si viniera de otro mundo. Nos daba noticias sobre el león:

—Veinte años largos tiene ya. Era una pareja que se escondía en la cueva del alto; pero

mi abuelo no pilló más que al macho. La liona y los cachorritos la juyeron.

Calló un instante mirando al león. Y luego agregó:

—Pero no tengo cuenta de las cabras y terneras perdías. Huellas, si'han hallado patentes.

En la lógica secuencia de su delirio, dejaba vivos a la hembra y a los cachorros para creer en su realidad interior. De su mundo sólo llegaban fragmentos hasta nosotros. Realidad y ensueño mezclados constituían su originalidad, lo que lo diferenciaba de los demás.

De esto reíanse los serranos, el sencillo sembrador como el cuatrero cínico, los patrones como los inquilinos.

Frente a él, sin embargo, un respeto supersticioso los sobrecogía. Como ahora, a nosotros.

Por el tragaluz, una rayola purpúrea enrojeció el cuerpo del puma y aclaró la morena desnudez de los muros de adobes. El viejo se había quedado inmóvil ante el animal. Mi amigo interrumpió bruscamente la escena. Era preciso marcharse. La noche se acercaba. Salimos hacia afuera.

Rojo de sangre palpitaba sobre los cerros de la costa. Azul negro ensombrecía las quebradas y cimas del oriente. Sobre la redonda joroba de las colinas, diluía-se poco a poco la madreperla del cielo.

Antes de montar a caballo, Don Pantaleón nos mostró su perrera. Nerviosa impaciencia inquietó a los perros apenas nos acercamos a la

mediagua. Las cadenas tintineaban. De los húmedos hocicos salían gérmenes de gruñidos y bostezos. Una masa elástica de músculos se aplastaba contra los flexibles tronquillos de la cerca.

Don Pantaleón nos los mostraba uno a uno.

—Esta perrita oscura es “La Sirena”, muy buenaza pa agarrar el rastro. Este otro “El Huacho Raja”, qu’es medio bruto. Es lionero. Viene siendo nieto del que pescó al león cuanto’ha. Nu’hay otro pa agarrarse con el zorro cuando está arrinconao. Esta chiquichicha es “La Centella”.

Y habría seguido enumerando las cualidades de cada perro, si no nos hubiéramos despedido de él. Desprendido, nos ofreció su casa y nos convidó a una zorreadura que preparaban unos amigos con los perros de su jauría. No era común esta generosidad entre los serranos. En Don Pantaleón persistía aún algo del lejano antecesor francés, náufrago inesperado de las playas del Maule. El mismo que había teñido de rojo los pelos de la barba y había hecho prender semillas de ensueño en su imaginación visionaria.

Ya estamos de nuevo en el camino primitivo de los cerros, en marcha a Peñalquín. Acabamos de atravesar la tranquera que da entrada al fundo. Miro hacia el hondón. Don Panta se ha quedado en la cerca de la perrera, entre los bostezos y ladridos de sus sabuesos.

La cuadrada masa del caserón, con su enor-

me techo de obscuras tejas, empieza a disolverse en la trama del atardecer, hecha con morados hilos de sol poniente y negros vellones de sombra. La curva de una loma se traga de improviso la casa y los habitantes. Comentamos el convite de Don Panta a la próxima zorraadura.

—Esta fiesta se la ha armado Don Juan Chávez, de Name, — dice mi amigo. — Es el que aliona a los otros y el que se hace más amigo de On Panta. Y se entretiene más con la locura del viejo que con la misma zorraadura. Por lo menos, le comen sus últimos corderos y le toman su vino.

Y yo pensaba. Para ellos y para Don Panta nada significaba la persecución de los zorros rapaces, a través de los cerros y quebradas, por la jauría aulladora. Para ellos era la fiesta, con su cazuela, su asado y sus licores. Para On Panta, la posibilidad de encontrarse con ese león de prodigio, hecho de su sangre y de su carne, que una noche se escapó de su imaginación como de una caverna oscura e iba por corrales y potreros en el crudo invierno serraniego, semejante a un símbolo misterioso de venganza y de castigo.



Quince días estuvo ausente mi amigo de la tierra que poseía en la montaña. El pequeño juzgado de subdelegación reventaba de juicios.

Apenas se supo la llegada del juez, comenzaron a amontonarse caballos a la orilla del camino y con sus pasos tardos, coreados por el tintineo de las espuelas, los huasos se apretujaban en el pequeño corredor enladrillado, junto a la puerta de la estancia que hacía de juzgado.

Al chillar de tencas y chincoles, se unían las voces carraspeñas de los huasos que esperaban su turno, conversando y fumando.

Casi siempre eran litigios baladíes. Una viuda, a la que su cuñado le había roto el cerco de su propiedad. Unas mujeres que, por unas cabras perdidas, insultaban a sus vecinos, presuntos culpables. Un viejo que acusaba a su yerno de haberle pegado en un velorio o bautizo, por unos almudes de trigo desaparecidos.

La sordidez, las pequeñas envidias, los celos primitivos, la lujuria aguzada por el alcohol, toda la animalidad de una tierra esquilhada y empobrecida por el hombre desde hacía un siglo, salía a luz y se hacía parte judicial o principio de

juicio en grandes hojas selladas, donde mi amigo, distraídamente, iba apuntando denuncias y declaraciones.

A veces, una tragedia sangrienta era el remate de estas rencillas. Un cadáver, clavado por puñales implacables, se desangraba a la orilla de un sendero.

Entonces, el campo poblábase de galopes. Sonaban entre los robles los sables de los policías. Familias enteras, hombres y mujeres, pasaban a la cárcel de Constitución en carretas minúsculas y en pequeños caballos crinudos.

La verdad no salía nunca de sus labios. Había que suponerla. La culpa se disgregaba en innúmeros culpables. Era el campo, las hocas quebradas, las vegas risueñas, las peladas mesetas las que habían cometido el crimen. Su pensar disimulábase bajo la áspera hirsutez de las barbas o en los rasgos inexpresivos de viejos y de jóvenes. Su astucia se acurrucaba en lo hondo de sus naturalezas. Y en esto consistía la fuerza de su personalidad.

De los antiguos colonizadores castellanos y de los indios que poblaron las sierras, en los claros de la selva, no les quedaba sino la astucia elemental, la desconfianza instintiva a toda reforma y a toda autoridad, como de las selvas de robles maulinos no restaban sino renuevos en quebradas y faldeos.

Castellanos e indios, sometidos a ellos; luego mestizos, arrastraron en balsas y carretas las recias maderas a los astilleros de la costa. Veleros

y lanchones, casas y puentes se hicieron de ellas. En las amarillas arenas de los esteros descubrieron un día escamas de oro. En toscas callanas, el esclavo lavó las arenas para el encomendero durante un siglo; pero un día, las escamas se agotaron y la tierra, sin la alegría del árbol, mostró al sol su piel de roja greda. En el ripio pedregoso nada prosperaba. Corrida por las lluvias, la tierra vegetal engrosaba el lecho de los esterillos y riachuelos. En los potreros pelados, los animales se morían. Sólo las cabras, sobrios anacoretas de las lomas, podían subsistir con los yerbajos ásperos, nacidos en las junturas de las piedras.

Sin embargo, de esos despojos tuvieron que vivir los hombres, multiplicados y hambrientos. El arado de luma rompió una y otra vez la dura corteza de las lomas; de los esteros agotados bebieron cabalgaduras y hombres. Y minúsculos trigales, como pañizuelos de oro, ondularon al viento de las serranías. Cepas torcidas, se vistieron del verde rumor del pámpano y en la pobre armazón del rancho quemado, en toscos serones, guardóse el trigo para el ulpo y la tortilla y en tinajas rechonchas, sobre los colihues de la zarranda, goteó día y noche el vino acre de vegas y faldeos.

Para pasar el rato, los litigantes habían comprado algunos litros de chicha en la bodega del fundo y contestaban a mis preguntas sobre don Pantaleón con la sangrienta crudeza de sus bromas campesinas. En sus chistes crueles no había asomo de piedad para On Panta.

—Mientras lo tenga amarrado a la pader, renunca lo va a pillar al lión, decía uno.

—Pa mí qui'ha tomao por liones a los culpeos, confirmaba otro.

—Si nu'es el Malo que se li'ha metió en el cuerpo, resumía un tercero.

—Son muchos liones pa un solo rastrador, —sentenciaba un cuarto, mirando con malicia a los que lo rodeaban.

Todos reían, tosiendo y echando humo. Nadie estaba libre de culpa, porque cada uno de ellos le había llevado con interesada insidia un cuento al viejo sobre posibles rastros y se había pagado él mismo con una oveja, una cabra o una gallina que se aventurase a algunos metros de la casa de la Rinconada. Y éstos eran los menos ambiciosos. Otros, en el aislamiento de los cerros, habían corrido cuadras enteras los cercos de sus potreros.

Las huellas desaparecían misteriosamente, apenas el viejo soltaba su jauría sobre los cerros.

¿Era un oculto rencor de la comarca contra el nieto del primer Letelier que llegó a los cerros y con argucias de tinterillo o con agresividad de matón ensanchó sus terrenos y se hizo, al cabo del tiempo, el único amo de la sierra? ¿Pagaba así el descendiente el odio que el campo tuvo al antecesor?

Un viejo alto, con rasgos severos de conquistador (aquilina nariz, altanera mirada) había conocido al abuelo de don Pantaleón:

—Era hombre de mucha palabra, su mercé.

me explicaba. Como don Lucho, regentó el juzgado de pu'aquí. Pero los pleitantes contra na peliaban, él era siempre el que ganaba. Montón de maera labrá manijaba en las casas. P'al invierno daba mantención a los hombres y se queaba con el trigo de toos por una na. Y el trigo de la costa era muy mentado p'al Perú entonces. Nunca pagaba cava e viña y barbecho e siembra. Pu'aquí, esculpando, lo llamaban el "Tripa rota", porque no se llenaba nunca. Y en las elecciones, pa qué le igo, su mercé. Toita la comuna iba como rebaño, esculpando la palabra, a votar por el caballero del. La casa es la mesma que tiene On Panta, pero abastecía de un too. Se llenaba de caballeros de Santiago y di'hay salían a la caza el líon, con unos perros que criaba el rico. Era la gritera e gente y de bestias por las lomas. Anocheció, llegaban a la casa gritando y con liones y zorros colgaos de los corriones. Dionde sacaba tanto oro, nunca si'ha sabío. Pa mí que con el diablo debe haber tenío pauto el rico.

El viejo, recordando aquellos tiempos de prosperidad, se olvidaba de las injurias del hijo, que lo habían traído al juzgado, y ponía en sus palabras una poética tristeza. Las frases huasunas, toscas, pueriles, las expelía como pedruscos de su ancha boca y movían al pasar la lacia grisura de sus barbas, amarillas de nicotina. Los campesinos lo oían como a un oráculo.

Otro viejo comentó con tono sentencioso:

—Por eso ería que On Beño murió guaini-

ta. No ejó más cría que On Panta y la finá Oña Filomena no aguantó mucho espues e la muerte el finao. Icen que l'hallaron tendía en la cama con un Santo Cristo en las manos.

Días más tarde, al efectuarse la cava de la viña de mi amigo, mediante esa ayuda común que en las serranías llaman mingaco, oí nuevamente alusiones a don Pantaleón. No fueron, esta vez, preguntas mías las que provocaron el recuerdo de los campesinos en los intervalos de descanso. Apoyados en sus azadones, entre las filas de parras torcidas, fumando sus cigarrillos de hoja de maíz, apareció espontáneamente don Panta y su manía cazadora. Ellos, mejor que nadie, conocían la demencia del viejo y la explotaban en su provecho. Si a alguno se le preguntaba por su locura respondía sin vacilar:

—Di'onde, iñor, si es lo más pillazo el viejo.

O:

—Es que si'hace leso, su mercé.

Otras veces:

—Nu'hay día que no cuente hasta las brevas de las higueras.

Y aún:

—Si la vieja Coto lleva en l'uña la cuenta de todo.

Pero era sólo una astuta comedia de los serranos. El odio al antecesor se había hecho tranquilo, razonado, a través del tiempo. Se heredó junto con las tinajas, los lagares y las viñas coloniales. Más explotadas, más miserables, pero las mismas. Lo que el ricachón de la Rinconada

les había arrebatado con razón o sin razón iba recuperándose lentamente, en circunstancias propicias, avanzando o retrocediendo en su avidez para que nadie tuviese la sospecha; pero un tácito acuerdo unía las huellas descubiertas con el avance de un cerco entre los cerros, el mito de un león aparecido en Peñalquín con el escaso rendimiento de las viñas un año cualquiera.

On Panta no se daba cuenta ni nadie se adelantaba a advertírselo.

Sólo la vieja mama, doña Coto, nacida y criada en el fundo, conocía el oculto cerco que iba poco a poco arrinconando a On Panta en la miseria. Su protesta era vana. Vanos sus insultos a los huasos. Ni On Panta la entendía ni los huasos se daban por aludidos.

Y así como los robles hojecen al llegar la Primavera y a los días invernales suceden los cálidos y luminosos, el vasto latifundio de la familia Letelier iba reduciéndose como la piel de una vaca desriscada, de la cual cada descendiente de los antiguos dueños sacaba una lonja para aperos de campo o para hacerse unas ojotas.

Don Pantaleón vivía del mundo creado por su fantasía enferma. Y no necesitaba más. Los cerros eran sólo el escenario de sus aventuras de caza. Los serranos, la comparsa indispensable de su drama interior.

Apenas oía el latir de los perros en el corralillo, su corazón vibraba con espasmódico sobresalto. Levantábase de su lecho, atravesaba el pasadizo y miraba hacia el misterio negro de la



noche donde los aullidos de los perros se mezclaban de cuando en cuando con el huac-huac de una chilla que había venido a merodear cerca del gallinero o de la viña. El campo, enlutado de noche, guardaba su enigma.

Con una vela en la mano recorría el corredor y llegaba hasta la pieza del puma. En la inofensiva vaguedad de su delirio, se imaginaba que el león había roto sus cadenas y atravesando sembrados y viñas, se reunía en los cerros con sus descendientes. El hueco negro del hocico, donde todo sonido se heló para siempre, había recuperado su vigor y el rugido temible del león hambreado aterrorizaba a animales y hombres en lomas y quebradas, valles y cumbres. Pero ahí estaba, prisionero en su tabla de pellín, torcidas las patas, erguido el rabo y abierta la tarasca, blanqueante de agudos colmillos. Y le bastaba verlo para tranquilizarse. Paso a paso, volvía a su habitación.

Sin embargo, estas nocturnas excursiones no eran desconocidas en el campo. Sin saber cómo corrían por los ranchos y cada uno agregaba un detalle que iba, poco a poco, engrosando el caudal de la leyenda.

No era extraño, entonces, que a los pocos días un inquilino se acercase a las casas en busca de trabajo, según él, y le dejase caer la noticia, urdida al amor del brasero, a don Panta:

—Hay notao On Panta, p'al lao e las pataguas, una huella reonda que nu'es de perro ni de zorro. El compaire Juan que urmió l'otra noche

en los cerros buscando una oveja enmontañá ice que, tarde la noche, oyó un rugido raro, de bestia no conocía.

Era suficiente para que la fantasía del viejo se desbordara. El mismo justificaba la mentira, precisando detalles:

—El líon es no más. Por los pataguales de Peñalquín susistió siempre. Y por ey si'han perdío ovejas este invierno.

El mito, como un zorro que sale de aventuras, trepaba bravíos peñascales, orillaba la verde humedad de las vegas y en ronda cautelosa se aceraba hasta las casas, la alerta pupila en llamas y pegado a la tierra el incansable hocico rapaz.

A la luz mortecina de una vela, me vestí rápidamente. La líquida negrura de la noche serrana, punteada de claras estrellas, empapaba aún los cerros dormidos.

Ibamos hacia la Rinconada. El día anterior nos avisó de la zorraadura un inquilino de don Pantaleón. Asistirían sus amigos habituales, sus explotadores sistemáticos, los grandes y los pequeños.

En la cumbre, un viento bullicioso jugueteó con nuestras mantas y erizaba los sueltos mechones de los caballos, aún con su pelaje de invierno. En su lecho de piedra, se desperezaba la noche. Cansadas, las estrellas se iban disolviendo una a una, pero, al mismo tiempo, resonaban las cristalinas notas de las diucas en los matorrales. Era como si aquel plateado fulgor se hiciese trino para seguir viviendo durante el día.

Desde el cielo a la tierra, el aire era una sola onda sonora. Cada ruido participaba en la cristalina sinfonía: los gorjeos de los pájaros, el canto de los gallos, los ladridos de los perros y hasta el seco casqueteo de los caballos en las asperezas del camino.

Cuando atravesamos la tranquera y descendimos a la hondonada, la claridad era dueña de la sierra. La casona de don Panta borroneaba de tinta el alba naciente y borrones negros eran unos álamos, a la orilla del río y los huasos que trajinaban ya, delante de las casas.

De improviso, esta blanca quietud se desgarró como un lienzo enorme, distendido de sus cuatros puntas. Angustiosos aullidos se recogieron agudamente en todas direcciones. Era un lloro animal, desconsolado y trágico, en la soledad elemental de la selva.

Los caballos amusgaron las orejas, con nerviosos tiritones. Acallaron los pájaros sus trinos. Ladraron un instante los perros y luego se unieron al coro aullador, como si se despertase también, en ellos, el lobo ancestral, el solitario instinto de la manada.

Asombrado, le pregunté a mi amigo por el origen de esos aullidos.

—Les pasa siempre a los sabuesos amarrados, al venir el día, me dijo. Ventearán la presa tal vez. El viento traerá el olor de algún zorro que ha venido en la noche a robar gallinas. Los desespera el estar quietos.

Nos detuvimos frente al corralillo para observarlos.

Sentados en sus cuartos traseros, veinte hocicos apuntaban a la mancha gris del amanecer. Cien aullidos, desgarrados o cavernosos, en un solo llanto lastimero; pero los aullidos comen-

zaron a disminuir hasta convertirse en cortos ladrillos impacientes.

Un mozo había abierto el corralillo e iba corriendo un cordel por los collares de los perros. Se dirigió a mi amigo y le dijo:

—A usted no más lo esperan, don Luis.

Observé en la cara del gañán no se qué de maliciosa alegría. ¿Era el día de jolgorio, la comilona al aire libre o simplemente la farsa de la batida a los zorros en que todos explotaban la ingenuidad del patrón?

Y cuando On Panta, con afable gesto hospitalario, se acercó a recibirnos, la risa astuta del mozo se me hizo odiosa y repugnante.

La facha del viejo no era, seguramente, apropiada a un cazador de leones.

La manta desteñida cubría sus hombros, pero bajo las haldas, asomaban unas viejas polainas sin lustrar. Una de ellas, vencido el resorte, la sujetaba una correílla en el tobillo. Una espuela en el pie izquierdo, con las rodajas quebradas.

—Una sola espuela, como el diablo—me dijo mi amigo, alegremente.

—Pero un diablo vencido—le contesté.

El viejo llegó hasta nosotros. Su mano pecaosa se posó confianzudamente en la pierna de mi amigo. Debía haber bebido. La voz cascada habló con bonachona familiaridad.

—Esmóntese, señor sudelegao. No sea tan enterao con los pobres. Hay que echarle un

puntalito antes de subir. Mire que en los riscos el viento es medio helao.

—Claro que hace falta un puntalito, don Panta—respondió mi amigo, riéndose, al mismo tiempo que se desmontaba.

Yo lo imité. Nos acercamos al grupo de huasos que, con ademanes exagerados, ponderaban al puma de don Panta. El viejo lo había sacado de su madriguera para que sus amigos lo viesen una vez más. Era así en cada zorreadura. Casi un augurio de buena suerte en la batida. La probabilidad de encontrarse con el descendiente, terror de cabras y de ovejas.

Alabar su extraordinaria alzada, lo perfecto de su conservación y hasta la temible actitud de sus colmillos descubiertos, lo consideraban como una cortesía los convidados, a pesar del picor de ironía que salpimentaba sus grotescas alabanzas. Sin embargo, una grave entonación dignificaba estas palabras. Antes de la pitanza, la mala intención no se mostraba nunca; pero yo conocía a mis serranos. Veía el brillo malicioso de sus pupilas, las sonrisas contenidas, los carraspeos intencionados al hablar del puma o hacer elogios desmedidos a las cepas de la abandonada viña de on Panta.

Conocí a una veintena de campesinos, viejos y jóvenes, casi todos dueños de valles y cerros en la Rinconada. Sus lenguas no paraban de hablar, lanzándose pesadas bromas y empujando la botella de aguardiente que Don Pan-

ta había sacado de su bodega hasta que alguno se la arrebatara al que bebía para beber a su vez.

Cesó la algazara al aparecer el mozo con la trailla de perros zorreros.

Todos observaron curiosamente la nerviosa movilidad de los sabuesos. Zorrear es el deporte de los cerros, desde tiempo inmemorial.

Una angustiada impaciencia juntaba los músculos vibrantes de los perros en una sola masa, sobre la cual se retorcían, en histérico baile, los rabos enloquecidos.

Una sola fuerza, semejante a un invencible instinto desencadenado, tiraba de la cuerda que, a duras penas, retenía el mozo desde el avío.

Los huasos fueron subiendo a sus caballos. Algunos, los más ricos, iban lujosamente montados sobre sillas atiborradas de pellones y en caballos excelentes. Los más, en cabalgaduras flacas, de chupadas ancas y gastados aperos; pero a todos los uniformaba la multicolora variedad del poncho chileno.

En el alba húmeda se desenredó la cabalgata de zorreadores. Aun no llegaba la aurora. El trinar de las diucas, a cada instante más vivo, alegraba la vieja somnolencia de litros y bollos. Rasando la tierra, se alzó silbando una perdiz y el largo silbido tembloroso fué como el eco sonoro de su vuelo.

Al llegar a la falda de un cerro, en el extremo de la quebrada, el mozo desabrochó los collares de los sabuesos. Los perros se sacudieron gozosos con el instintivo asombro de verse li-



bres. Comenzaron a correr, de improviso, orillando el monte. Por espacio de algunos segundos corrieron juntos, casi unidos. Daba la impresión de que aun sentían sobre sus cuellos el tirón de la cuerda que los atraillaba. Poco a poco se fueron destacando como si recobraran su individualidad, perdida en el corral. Unos pocos trotaban por el camino plano, siempre a la orilla del cerro. La mayoría, el hocico pegado al pasto, se metió entre los boldos, apareciendo y desapareciendo en los claros de los arbustos.

Unos tras otros o en parejas, tan estrecha era la vereda que faldeaba el cerro, los convidados ascendían hacia la cumbre, en demanda de un lugar estratégico para observar la corrida. Yo subí de los últimos en compañía de Don Panta. Primero, vi a los jadeantes caballos y a los alharaquientos jinetes azuzándolos para subir; luego, sólo oí sus gritos y el ruidoso respirar de las cabalgaduras. El ala de una escarpa los ocultó largo espacio de tiempo.

On Panta y yo subíamos sin hablar. Ni siquiera me miraba, tan abstraído iba, al parecer, en el manejo de un caballito peludo y trasijado, de menuda cabeza y largas crines.

Yo, en cambio, no le perdía movimiento. Bajo el triángulo de la vieja manta, cuyas haldas cubrían sus piernas, veía el juego nervioso de las patas del caballo serrano, cuyos cascos, partidos como dedos, se agarraban a las piedras o al resbaloso ripio del camino. Bajo el ala de un gastado sombrero de paño, la cara del viejo

tenía un plácido gesto de adormecimiento.

¿Qué pensaba en ese instante? ¿Se había quedado deliberadamente atrás para entregarse a sus fantasías habituales?

Por averiguarlo, habría dado yo parte de mi vida. ¡Quién sabe qué prodigioso drama primitivo, de leones y cabras aterrorizadas por su presencia, se desarrollaba bajo la tranquilidad obesa de su rostro indiferente!

Multisonora se oyó la algarabía de los huasos. Se habían detenido en una pequeña meseta y nos esperaban.

En ese instante, la sorna campesina se manifestó en un episodio de cómica peculiaridad.

El mozo que había atraillado a los sabuesos y servía de montero de los cazadores, pasó la corneta con que se llama a los perros a un jinete joven, el mejor trajeado de los que habían venido a la zorreadura.

Una manta granate, rayada por rectángulos de oro vivo, cubría unos cuadrados hombros. Una sólida cabeza de tinte rubio, donde reían unos pequeños ojos grises, coronaba ese llameante conjunto de manta, rojas pierneras y caballo alazán.

Un súbito golpe de espuelas. El caballo se encoge, echando llamas por los ojos. El huaso se ha acercado a Don Pantaleón y dice, con un ceceo infantil, al mismo tiempo que fulmina al mozo con cómica solemnidad:

—¿Que no sabís que la corneta la tiene que llevar el lionero más viejo? Esculpe, On Panta,

que estos serrucos nu'han sabío nunca la gramática.

El asombro y la fe pintábanse en la beata cara roja del viejo. Los labios gruesos jugaban entre sí, avanzando y retrocediendo, como si mascase algo muy duro y desagradable que tuviese la obligación de tragar. La malicia serrana y la vanidad ingenua luchaban entre sí. Y este juego se trasladó a las manos pecosas que entraban y salían en la curva recogida de su poncho, como si ellas sonrieran a su vez.

Curvados sobre la cruz de sus caballos, las caras rudas de los serranos reflejaban intensa expectación.

Y cuando la mano derecha del viejo se alargó para recibir la corneta de su abuelo, se enderezaron sobre sus sillas, y dicharachos alegres y risas estrepitosas estallaron en el grupo. Las bromas, ahora, no tenían disimulo. La acción de recibir la corneta de caza había borrado de sus almas primitivas todo escrúpulo. Como peñascos caían sobre la impasible beatitud del viejo.

—No vaya a ser cosa, On Panta, que los lienes bajen del cerro cuando oigan la corneta.

—Y crean que es la del juicio.

—Usté que la ha oído ha de saber, Don Juan.

—No se apure Don, qu'esa la vamos a oír toos, vivos y muertos.

Uno de ellos dió la señal de partida. La ca-

ravana volvió a moverse, esta vez en la planicie de la cumbre.

Otros cerros dibujaban en todas direcciones sus chatas moles oscuras. Pequeños espinos, salían retorcidos y míseros de la tierra pedregosa, semejantes a esqueléticas manos pedigüeñas. Borriones de tinta eran las copas de algunos boldos y madroños, pegados al suelo, como si su tronco estuviera hundido en ella. Entre sus hojas metálicas y tiesas repiqueteaban las tencas o silboteaba algún zorzal andariego.

Nuevamente, On Panta y yo nos aislamos de los zorreadores. De nuevo nos ciñó este silencio bravío de los cerros de la costa. Un segundo, ni trinos ni rumores se oyeron. Sin embargo, no hacía cinco minutos sentía las risas de los huasos y había visto pasar las manchas oscuras de los perros, los hocicos pegados a la tierra, por entre las matas de espinos y de boldos.

On Panta clavaba con desesperación su espuela mocha en las costillas del caballo. No apresuraba su paso, a pesar de eso. Yo seguía detrás. Era evidente que el viejo buscaba la soledad. No podía explicarme, de otra manera, ese continuo aguijonear a su caballo en la meseta. Detuve el mío y dejé que el viejo avanzara un largo trecho; pero, de improviso, se paró.

El viento auroral peinaba con suave caricia la áspera crencha del monte. En su rumoroso aletear venía la luz y, con él, la vida. Aguas y trinos, voces y ladridos. Parecía unir todos esos sonidos aislados y comunicarles, con su charla-

tana franqueza, una alegría fraternal, un sentido de solidaridad que la mudez hostil de la serranía había borrado.

Modelado por ese viento de altura, se perfiló la ridícula silueta del viejo y de su pingo en el duro paisaje cordillerano. La abollada corneta de caza descansaba en el borrén de la silla. Las haldas del poncho y las crines del caballo se movían como si tuvieran vida. Haciendo visera con las manos, el viejo miraba hacia adelante. ¿Al abismo azul de los cajones cortados por el perfil de las escarpas o hacia la espalda áspera del Peñalquín que cubría casi todo el horizonte? ¿O era su fantástico león que había tomado forma y movimiento en la soledad y cuya silueta creía ver en repechos y umbrías?

Yo me iba acercando poco a poco para no distraerlo de su ensueño, pero, repentinamente, el viejo me dirigió la palabra, despertándome, más bien, a mí con la serenidad de su voz:

—Allá van los perros—dijo, mostrando con el brazo extendido una quebrada, donde corría un riachuelo.

Miraba y miraba hacia el tajo azul, sin ver otra cosa que manchones de arbustos y la culebra lechosa del arroyo, zigzagueando por entre ellos; pero, sí, en efecto. Unos gusanos grises aparecían y desaparecían entre los matorrales. Terminaron por perderse del todo. Nuevamente el tajo azul y la cinta plateada. El viejo siguió mirando. Sólo oíamos, ahora, al viento y su alegre cortejo de rumores.

On Panta pareció cansarse. Me invitó a desmontar. Amarró su caballo en un madroño. Yo hice lo mismo. Nos sentamos en la tierra. Como si hablase consigo mismo, la voz lejana del viejo murmuró unas palabras:

—Raro es que nu'hayan levantao rastro tuavía.

Lo miré interrogativamente, pero no cambió, por esto, de actitud. A los pocos segundos se contestó a sí mismo:

—Tá la tierra media seca. Por eso ha de ser.

Guardó silencio. De cuando en cuando to-sía, con una leve vibración de sus mejillas redondas. Ni una vez fijó sus ojos en los míos, a pesar de que yo estaba pendiente de todos sus movimientos.

Un aullido largo, estrangulado, viboreó en el aire! El viento lo acercó extrañamente hasta nosotros. Y a éste, siguieron otros, más agudos, más roncós, sin cesar. Dominaron toda la sierra en unos segundos. No eran gemidos como los del alba sino gritos de triunfo, la alegría animal del sabueso que ha venteado la presa.

Don Panta se transfiguró al oírlos. Se puso de pie, con una agilidad juvenil. Su oído se inclinó en la dirección del viento. Una sonrisa bobá torció su boca.

—Cortaron el rastro—dijo, jadeando.—“La Sirena” fué.

Paulatinamente los aullidos fueron disminuyendo en dirección a la empinada falda del Peñalquín. El viejo volvió a sentarse. Lo vi liar

un cigarrillo de hoja, sin invitarme a fumar. No hablaba, como de costumbre. Fumé a mi turno, sin preocuparme de él.

En el aire gris, encajonado entre altos cerros, la mañana tardaba en llegar; pero llegó por fin, triunfalmente. Vivo fulgor incendió el borde de un cerro y llenó de luz el seno de unas nubes, allí posadas en espera del viento.

Fué un chubasco de oro líquido que inundó los matorrales y aclaró el negror de tinta de las quebradas.

Las hojas de boldos y madroños, erizadas de gotas de rocío, fulguraron como diamantes y diamantes sonoros eran los trinos dispersos de los pájaros.

Una loica, goterón rojo en la tinta del madroño, lanzó su chirrichíí auroral y una bandada de tordos arrojó un puñado de puntos negros en la claridad luminosa, al trasladarse de un árbol a otro.

Se oyó, de nuevo, el latir de la jauría, lejano, apagado; pero ni Don Panta ni yo abandonamos nuestra inmovilidad y nuestro silencio. Fumábamos, lejos el uno del otro.

No obstante, en mi cabeza, aparecía y reaparecía la idea de cerciorarme por mí mismo de la manía cazadora del viejo, de la realidad del mito que la comarca entera había creado en torno suyo. Nada más propicio que el momento presente, en medio del rudo peñascal y de los aullidos salvajes de los perros, excitados con el olor del zorro; pero la pregunta oportuna, que des-



pertara su interés y ahogase su ingénita desconfianza, no aparecía. Vino inesperadamente, casi sin que la conciencia interviniera.

—¿Con estos perros también se cazan leones, On Panta?

Viva curiosidad iluminó el agua verdosa de sus ojos. La pregunta lo halagaba, colocándolo en un pie de superioridad sobre el hombre urbano, sobre el futre, que no sabía del campo y de sus misterios.

—No, pues, señor. Estos son perros zorreiros. Los lioneros son unos perros bayos, gruesones, que pescan al león del guargüero y no lo sueltan.

—¿Y si el león aparece, cómo lo van a cazar?

Esta vez el viejo sonrió, con su torcida y desdentada sonrisa.

—En esta jauría quea un nieto de los lioneros que tenía mi abuelo. Este es de la línea di'uno que lo mentaban "Raja Diablo", que mató cinco liones; pero también (aquí volvió a mostrar las desnudas encías) li'armamos huache o lo pescamos a lazo, porque el león si'horca solo. Una vez pescado, no vuelve p'atrás nunca. Y haciendo bien l'armá el lazo, chiconá, como pa ternero, nu'hay león que no caiga.

Calló unos instantes. Luego, agregó un último detalle:

—Tiene que ser un laceador muy baquiano, eso sí.

Guardamos silencio de nuevo. Aún mi cu-

riosidad no estaba satisfecha. Bruscamente le pregunté, mirándolo de frente:

—¿Usted ha luchado alguna vez con el león, On Panta?

No me dió la cara. La curva de la mejilla, que yo veía en escorzo, permaneció quieta, sin que un músculo se conmoviese. Por un momento, pensé que no respondería nada, como si hubiese entendido la oculta intención que me movía; pero observé el movimiento característico de sus manos bajo el poncho (el mismo de un gato ensacado) cuando se le hacía una pregunta que despertase la oculta realidad de su manía. No me dió la cara. Habló de lado, dirigiéndose a los cerros, al aire vibrante de luz y con una voz arrastrada y triste:

—De peliar, nu'hay peliao, porque el león no da nunca frente. Se le ve la cola y las ancas, porque lleva agachá la cabeza, pero en las noches, cuando l'helá lu'echaba p'al plan, se sentían los rugidos por toas partes como relincho e bordégano.

“Mi abuelo tenía una yegua, “La Peineta”, que la quería mucho, porque era muy tranqueo-  
ra. Una mañana, pa l'entrá el invierno, salió pa la montaña a rodiar unas vacas. En la escar-chilla, vió patente la huella del león. Entró a un descampao y ¿no vió al león que había alcanzado a la yegua y la tenía abrazá del cogote? Contra ná le gritaba mi abuelo, porque el león no atinaba más que a chupale la sangre. La yegua cayó con una hería tamaña en el guargüero.

El lión se fué a saltos p'al monte. El viejo había salío sin armas y por eso no siguió el rastro, pero sabía que el lión güelve por la comía y allí se plantó de guardia hasta la noche, haciéndole un huache é ramas onde estaba la potrancia. Solo si'horcó ey...

—Otra vez...

Iba a comenzar una nueva histcria, cuando oímos el grito de un pequén a nuestra derecha. Un chirrido de alerta, agrio y precipitado. On Panta se levantó y me dijo:

—Por ey va a pasar el zorro...

Dos minutos después, una chilla, caída la cola, casi invisibles sus patas en el esfuerzo de la carrera, cruzó frente a nosotros. Fué sólo una pelota gris que rodó por el descampado y desapareció en un barranco de roja greda, donde se interrumpía la falda del cerro, como si se hubiera despeñado.

On Panta se había aproximado hasta el borde del barranco. Se adelantaba a mirar hacia las rajaduras de tierra roja con ávida curiosidad.

La visión de la chilla, huyendo despavorida de los perros, fruncía su boca en un gesto cruel. Sus ojos mansos se tornaron hostiles, mucho más cuando entre los madroños aparecieron los perros, unos tras otros, aullando con cortos y desesperados aullidos. Seguían el mismo camino que el zorro les iba trazando con el gotear incesante de sus glándulas anales. Como él, parecieron despeñarse en el barranco rojo para perderse, aullando siempre, entre las oquedades de la

quebrada. Poco a poco, los aullidos fueron perdiéndose en la vasta soledad de los cerros.

Entonces habló Don Panta, volviéndose a mí:

—Muy cansá la llevan. Lueitito la pillan...

Le pregunté si era posible ver el instante en que la jauría alcanza al zorro y el viejo me respondió:

—Nu'es ná fácil, pero a veces toca. Suba ese caminito, bajando por esos boldos. Pu'ahí han de estar Don Luis y los otros. Mientras tanto, yo voy a ver onde está la carreta.

Subí en la dirección indicada, mientras él, en su endeble caballejo, bajaba en sentido contrario.

Frente a la quebrada, el viento mañanero soplabá a sus anchas. Era muy helado, pero tenía un sabor tonificante a tierra mojada. Díjese que al beberse el rocío que abrillantaba las duras hojas de boldos y romerillos se hubiese también bebido la substanciosa savia de esos árboles de la montaña; y en la trama aérea de su corriente, arrastraba, como prendidos a ella, gorjeos de tencas y de diucas, chirridos de insectos y, de pronto, las voces de los huasos que se habían estacionado en una plataforma más alta, en espera del premio de la zorreadura. Algunos fumaban, al lado de sus caballos. Otros descansaban, la pierna enganchada en el arzón de la silla. Risas clamorosas recorrían el grupo.

Al divisarme, me hicieron señas confianzudas, con exagerados manoteos. No eran los hua-

esos comedidos del amanecer, casi tímidos ante una persona desconocida. Rodeé, por indicaciones a gritos de todos ellos, la cabeza de la loma, bajé a un tajo, lecho de un estero de invierno y subí al otro faldeo.

Una algazara de voces roncadas y de grititos cómicos me recibió. Antes de bajarme, me ofreció una cantimplora de aguardiente un huaso rechoncho, cuya faja roja se había desatado y lo seguía en todos sus movimientos, como una cola de sangre. Comprendí la razón de sus voces y de sus risas. Se animaban sus caras tiesas, labradas como los morenos barbechos. Fulgían las miradas. Bajo la coraza flexible de los ponchos, jugaba la vigorosa vitalidad de sus cuerpos.

Un huaso de baja estatura, cuadrado de hombros, cuadrado de rostro y con un cuadradito negro de pelo en la barba, me preguntó con su arrastrado dejo serrano:

—¿Y onde ejó al lionero, su mercé?

Un coro de risas recibió la pregunta. Antes de que pudiera replicarle (en ese instante iba a tomar la defensa del viejo) un huaso alto, con una cara afilada como una laja puesta de canto, le contestó:

—¿Y onde había de estar, pus, ñor? Por el monte, buscando rastro...

Nuevas risas, pero, al mismo tiempo, me rodeaban ofreciéndome sus cantimploras. Todos las tenían. Restos de su servicio militar, seguramente. Guindado, vino, aguardiente, chicha.

Todos los productos de las bodegas cordilleras. Rehusé, bajando del caballo.

Largo rato bromearon a costa del viejo. A mí me dejaron de mano. Los observaba, excitados por el alcohol, las caras enrojecidas, casi grotescas, ante la resplandeciente luminosidad del aire de la altura. ¡Con qué claridad veía su juego! ¡Qué aguda insidia reflejaban todos sus actos y palabras! Y, sin embargo, las apariencias eran de una inofensiva campechanería. Es que la agresividad de los abuelos se había vuelto cautela, astucia reconcentrada. Le temían a la justicia y al juez, y sus robos a Don Panta los justificaban halagando su incurable manía cazadora, con pintorescas mentiras que, en la imaginación del viejo, tomaban todo el relieve de la verdad. El fenómeno de adaptabilidad a la tierra era el mismo que se había operado en el viejo. La acción en el abuelo se hacía ensueño en Don Panta; la timidez de los campesinos, sus contemporáneos, tornábase astucia en los descendientes, vecinos de Don Pantaleón.

Un aullido más prolongado de los perros acalló todas las risas y conversaciones. Sin embargo, siempre se resolvía este silencio en alguna observación técnica o en algún dicharacho malévolo:

—¡Pucha que si'han demorao en pillar al zorro!

Alguien respondió:

—Es que estos perros tan mal enseñaos.

¿No ve que Don Panta quiere cazar lions con ellos?

Un tercero ampliaba la idea:

—Ná saca con mostrale a los perros la bestia boquiabierta que tiene en la Rinconá.

Todos reían, con chabacano regocijo, la ocurrencia.

Un cuarto simbolizaba la sanchopancesca gravedad de los huasos con un refrán de la comarca:

—Ejen que On Panta les eche sebito e zorra pa que corra.

Siempre había alguno que volvía las cosas al terreno práctico:

—Pa mí que los perros han cruzado algo tro rastro. ¡Si' hay tupición de chillas por estos cerros!

Pero conversaciones y bromas se agotaron al mediodía. Los perros se habían perdido entre las rajaduras de las gredosas quebradas. El sol quemaba los pastos recién nacidos. Hacía más azules los cerros y más blanca la esférica floración de los perales en las cercanías de los ranchos. Sobre nuestras cabezas pasaban zumbando las abejas. Pájaros no se veían, sesteando bajo la frescura de boldos y madroños.

La zorreadura había perdido, para los huéspedes de Don Panta, su interés esencial. No eran los dueños de la jauría y el instante en que el perro maestro termina con el zorro agotado, no podían presenciarlo. O el zorro había perecido ya o se había escapado.



Ahora el hambre, esta hambre épica del campesino, había reemplazado a la chilla perseguida.

Uno de ellos, no sé cuál, dió la señal de partida. Subieron a sus caballos y la cabalgata comenzó a moverse en dirección a la quebrada. El que marchaba adelante gritó algo, agitando cómicamente las haldas del poncho. Todos seguimos en esa dirección. Atravesamos una de estas quebradas rojas, que semejan enormes sangraduras de los cerros y subimos una loma. Al reparo de unas pataguas rechonchas estaba la carreta de On Panta, apoyada en su pértigo.

Doña Coto, la vieja de La Rinconada, animaba una fogata de hualles, donde se calentaba una olleta de campo. Los huasos se acercaron hasta allá. Se iban desmontando, a medida que llegaban. Maneaban sus caballos y los amarraban a los árboles. Se aproximaron, luego, a la olla, toda su preocupación en ese momento. Mirábanse entre sí, se sonreían sin hablar. Por fin, uno de ellos exteriorizó su sentir.

—¡Puchas que le falta tuavía a la cazuela!

Se inquietaron, entonces. Inclinábanse sobre la olleta, observando los borbotones espesos del caldo, entre cuyos grumos pasaban las presas de cordero y las blancas esferas de las papas.

Uno observó:

—Media hora de hirvor, por lo menos.

Otro, desilusionado:

—Las papas están crúas.

Y un tercero:

—Y estoy que no veo de hambre.

A lo que replicó un cuarto:

—A toos les pasa lo mesmo, On Juan.

Alguien descubrió unas tortillas, envueltas en un trapo blanco. Las devoraron a grandes dentelladas.

El huaso rubio, que husmeaba entre unos matorrales, descubrió una damajuana de chicha. Comenzaron a beberla, sin vasos, empinándose la pesada panza de la vasija campesina. Luego, se tendieron en el pasto, satisfechos. Chirriaron los cigarros y el humo azul, escarmenado por el aire, se iba hacia el campo con sus voces y sus carraspeos. Así disponían ellos, en la ausencia del dueño de casa, de sus víveres, como si fueran propios.

Sólo la vieja mamá de Don Panta, con su espalda doblada por los años, reducida toda ella a un montoncito de huesos descarnados, los miraba de reajo y sus mandíbulas pronunciaban palabras coléricas, mientras alimentaba la hoguera con ramitas de hualle y romerillo.

Uno de ellos preguntó por Don Panta. Todos se miraron y se rieron. Otro, más atrevido, se dirigió a la vieja en demanda de noticias sobre Don Pantaleón. La vieja no se dió por aludida, mascullando palabras entrecortadas y atizando la fogata, pero un jovenzuelo, un pequeño huaso, rosado como una muchacha, quiso ponerse a la altura de esos hombres que había tomado como modelos y observó con atiplada voz:

—Esta sí que es. ¡Se lu'habrá comió el lión, entonces!

La vieja volvió su cara cetrina y su voz áspera, estropajosa, los amenazó:

—Ustedes son los lions, esperecíos, no más.

No contestaron. Ante la voz de la vieja, algo se removi6 en sus conciencias. Ninguno estaba limpio de culpa. Y su reto objetivo hacia objetivo y claro lo que ellos consideraban, en la malignidad de su astucia, como algo ignorado y secreto. No dur6 mucho, sin embargo, la turbación. Con aniñada voz, un huaso se echó todo a la espalda y le dijo a la vieja, confianzudamente:

—¡Apúrele, iñora, el caldo! ¡Mire que nos cortamos di'hambre!

Se oyó en ese momento crujido de ramas entre las pataguas. On Panta apareció en la explanada. Los huasos enmudecieron. Contra la muralla negra del bosquecillo, su poncho, iluminado de sol, hacíase más desteñido y haraposo. Por su cara roja corrían regueros de sudor. Nadie ignoraba de dónde venía Don Panta y lo esperaban en respetuosa actitud de silencio. Así era siempre. Apartábase el viejo, astutamente, de sus convidados e iba hacia la espesa masa del patagual, donde él solo había armado una trampa, porque allí se habían perdido ovejas y cabras y un serrano creyó encontrar huellas del puma y oír su rugido una noche de invierno.

Cerca de sus convidados, la cara trágica de Don Pantaleón se suaviza y sonríe tristemente. El encanto se ha roto una vez más. On Panta vuelve de nuevo a ser On Panta. Los huasos re-

cuperan su predominio sobre él. Uno le ofrece un piso de cuero para que se siente. Otro le acerca un vaso de chicha. Y un tercero, ya borracho, se atreve a preguntarle, con gran seriedad, si ha encontrado, al fin, entre las pataguas, el rastro de algún león.

On Panta va a comenzar una explicación sobre las misteriosas huellas de su puma, pero se interpone la agria voz de Doña Coto:

—¿Quiere venir a ayúarme, On Panta?

Y, como siempre, el viejo obedece. Como a un niño grande, la voz cascada, pero imperiosa de la vieja se le impone. On Panta se ha aproximado a la pierna de cordero que chirría, tostada por las brasas. Echadas sobre los hombros las haldas del poncho, las rodillas en tierra, da vueltas y vueltas al asador que la vieja le ha entregado.

Y empezó la copiosa comilona campesina. Incansables, armados de un furioso apetito, tragaban el caldo y mordían las doradas fibras del cordero asado. Y la agridulce chicha de los tinajones mojaba sus labios y seguía, gorgoriteando, hacia sus estómagos insaciables.

Entre risas y bocados, avanzó la tarde sobre los cerros. Se suavizó el oro del sol. Las nubes mañaneras, apretadas y densas, como vellones recién esquilados, eran ahora telas gastadas por el aire que aflojaba su trama y cambiaba a cada instante sus contornos. En la hondonada negreó el bosque de pataguas. Los huasos dormitaban, tendidos sobre sus mantas, el sombrero sobre la

cara. Alguno roncaba ruidosamente. A ratos, el aire devolvía la ceniza de la hoguera y el perro de algún rancho cercano roía, entre los árboles, los huesos de la comilona.

Don Panta estaba sentado en una piedra, no muy lejos. Permanecía en una turbadora inmovilidad, la cabeza inclinada sobre el poncho; pero de improviso lo vi levantarse cautelosamente, los ojos fruncidos hacia el grupo de huasos ahitos. Se detuvo, al desplazarse uno en su siesta. Echó a andar de nuevo, tranquilizado. Se perdió entre las pataguas y yo lo seguí con el corazón palpitante.

Quizá iba de nuevo a inspeccionar la trampa que, al decir de los serranos, tenía armada en el interior del monte. No fué eso lo que vi, sin embargo. Orilló el cerro y se detuvo frente al valle, donde en la mañana pasaron los perros. Miró largo rato hacia los lomeríos, negros en la caída de la tarde y de pronto se puso la corneta en los labios. Largo y quejumbroso resonó en el valle, barnizado de la roja sangre del crepúsculo, el sonido infantil de la corneta cazadora. Don Pantaleón llamaba a sus perros. Los vi llegar poco a poco a la explanada. Deshechos, los ijares hundidos, la lengua babeante, se tendían cerca del viejo y en sus ojos opacos, fijos en Don Panta, se me ocurría ver la humilde súplica animal por no haber cazado leones. El viejo murmuraba sus nombres; los acariciaba dulcemente y los sabuesos le respondían golpeando su nerviosa cola contra la tierra. Dos veces más tocó su corneta

desafinada y por dos veces aparecieron perros por los torcidos troncos de las pataguas. Del zorro perseguido, ni rastros. ¿Habría perecido a manos de los perros? ¿Se habría escapado entre los riscos de Peñalquín?

Nunca lo supe, pero entonces pensé, como después, que los mismos perros se habían fatigado en balde, persiguiendo a un animal fantasma que se disolvía en la sombra de los barrancos y cañadas, como el mismo puma, creado por Don Panta.

No volví a ver a Don Panta durante el transcurso del día. Ya anochecido, bajé a La Rinconada con los demás. La carreta se fué del descampado, mientras los huasos comían dihueñes en unos hualles cercanos. La pesada digestión exigía la frescura de estos hongos cordilleranos, en cuya esférica carnosidad se había cuajado el agua del invierno y la savia de la naciente primavera.

La ausencia de Don Panta no les inquietó en lo más mínimo. Atolondradamente, se dirigían a las casas, echándose los caballos encima y riendo sus pesadas chanzas. Allí volverían a comer y a beber, a pesar de los gruñidos de la vieja que, a regañadientes, mataría otras gallinas e iría en busca de más chicha a la bodega.

En el cielo, cada vez más obscuro, se encendieron unas estrellas. Cantaron aguas ocultas. Una lechuza silbó entre unas matas. Al llegar a las casas, ni un alma apareció en la torcida hilera de pilares del corredor. Ni los perros ladraron, porque venían con nosotros. Sólo la vieja, como el alma encorvada del caserón, estaba en el patio y el chonchón de su cocina arañaba las



sombras, ya espesas, con rojos zarpazos impacientes.

Uno de los huasos, que se había colado hasta el fondo del corredor, lanzó un grito ronco:

—Oigan, niños, se le salió la bestia a On Panta de la lionera.

Atropelladamente, se acercaron al extremo del corredor. La llama del chonchón daba lengüetazos intermitentes en el muro y hacía ver la silueta del puma y su sombra agigantada y movediza.

—Este ha de ser el del patagual — dijo uno.

—Por la loma lu'habrá treido de cabresto — observó otro.

Las risas resonaron, agrandadas por la noche y la soledad.

—Pa mí qu'es l'ánima del lión ijunto qui'ha roto la caena.

Pero las risas se apagaron de improviso. Cuchicheaban ahora, tosían, golpeaban los ladrillos con sus zapatos, tintineantes de espuelas. Supuse que On Panta se había asomado al corredor, pero no era así. El viejo se había esfumado.

Refunfuñando, la vieja los hizo pasar al desmantelado comedor de la casona. Allí se encerraron a beber, en espera de unas cantoras serranas, que aparecieron en el patio, arrebozadas en pañuelos oscuros y con seco chancleteo de zuecos en los ladrillos. Bajo el alón de uno de los rebozos, distinguí la curva de una vieja guitarra.

Atronaron, al poco rato, la casa, las voces

bravías de las mujeronas y los tamboreos y hui-fas de los campesinos.

Salí al patio y me senté en el pértigo de la carreta. El hálito fresco de la noche, rozando la dura tierra y su claro estrelleo en el alto cielo, ennoblecían la miseria de los cerros y la bestialidad de sus habitantes.

El seno oscuro del valle lo llenaba el metálico croar de las ranas y cerca de nosotros, estridulaban los grillos, muchos, como si fueran el tono menor de aquella ruidosa letanía.

Veía al viejo, tímido y avergonzado, frente a los huasos borrachos, amoroso y paternal con los perros babeantes en torno suyo; dulce u obediente ante el rudo mandato de la vieja mamá de la casona. ¿Dónde estaría ahora?

Cuando mi amigo vino en mi busca, libre ya de los empalagosos convites de los campesinos, le pregunté por él:

—Estará durmiéndola — me dijo. — Así le pasa siempre. Con un vaso de chicha, se cura.

Bajamos hacia la viña, para sustraernos a esa ruidosa algazara de cantos y tamboreos. No hablábamos. Esa paz oscura, acribillada de estrellas y de croar de ranas, penetraba en nosotros y hacía claro nuestro pensar. Oímos a nuestras espaldas, casi en las casas, el huac-huac de un zorro. No le respondió ningún ladrido. Luego, resonó cerca de nosotros. Su irónico aullido pareció burlarse de la inútil batida que los perros de Don Panta habían hecho a sus congéneres por la serranía de Peñalquín.

Volvimos al corredor. La obscuridad se apozaba lenta en los rincones. No distinguí, ahora, la silueta del puma.

Sólo la ventana rectangular del comedor dibujaba un ala de luz en los ladrillos y destacaba, en el arco vigoroso de su extremo, dos pilares en el filo del corredor. De allí venían ruidos de voces, risas y gritos. Las guitarras habían parado su rasgueo por algunos minutos.

Mi amigo me tomó del brazo y me arrastró hacia uno de los extremos del corredor, hacia donde debía estar el puma de Don Panta.

Con su voz alegre, me explicó:

—Tomemos esta pieza que es la mejor de la casa, antes que llegue algún huaso a dormir su mona aquí.

Tropezamos con el puma, casi disuelto en la obscuridad. Mi amigo observó, regocijadamente:

—On Panta no ha encorralado todavía al león.

Y su voz aguda, sin explicarme nada, resumía, en sus tonalidades burlonas, toda la grotesca tragedia de Don Panta y de su puma embalsamado. Lo sentí empujar al puma hacia la puerta. Rechinaron las ruedecillas de madera en sus ejes sin grasa. Tintineó la cadena arrastrada.

—Aquí lo vamos a poner para que nos defienda de los huasos — dijo, riéndose, satisfecho de su ocurrencia.

Entramos a la pieza, completamente a oscuras. Nos desnudamos sin luz. Mi amigo, que había dormido en ella varias veces, la atrancó por

dentro. Y al meterme en la cama, a tientas, sentí el olor grato de esas sábanas fregoteadas rudamente por las manos de una lavandera serrana, en las aguas del Purapel. El sueño, tras el madrugón y la caminata por los cerros, me rozó apenas y ya estaba dormido.

El puma embalsamado, a dos pasos de la puerta; el otro, que dentro del cerebro de Don Panta, había adquirido una prodigiosa vida; la jauría aullando por las rugosidades de los barrancos; el trote desesperado de la chilla acosada, las risas de los huasos y el gesto agradecido de Doña Coto, se mezclaron y confundieron, arrastrando consigo mi conciencia en su tiniebla bienhechora.

—¿Eh? ¿Qué hay?

—¿Qué pasa?

Casi simultáneamente pronunciamos estas palabras, y nos erguimos sobresaltados, en nuestros lechos.

Un bárbaro alboroto ha quebrado el silencio del alba. Ladrar furioso de perros, gruñidos sordos, choque de colmillos, desenvainados para salvajes dentelladas.

Miramos por la puerta entreabierta. Todos los perros de Peñalquín se aprietan en un racimo de músculos tensos, sobre una presa invisible.

Mi amigo trata de explicarme.

—Se les ha olvidado encerrar a los perros y han arrinconado a una chilla u otro perro del campo.

Pero, de improviso, uno de los sabuesos se separa de los demás. Su hocico rabioso sacude una tira de cuero amarillento. Mi amigo lanza una sonora carcajada:

—¡Pero si se han comido al puma de Don Panta!

Oigo la cadena, golpeando metálicamente los

ladrillos, a cada tirón de los perros. Todo el aserrín y la paja que rellenaban al puma, están esparcidos en el suelo. A un lado se ve la tabla, con los clavos que sujetaron las patas del león. No quedan más restos de él. Los sabuesos deben disputarse, como una presa magnífica, la cabeza del puma.

En ese instante, asoma Don Panta por la puerta del pasadizo con su poncho y su toscó bastón. No se ha desvestido, seguramente; tal está de arrugado y de sucio. La bulla lo ha despertado de su letargo. Paso a paso se va acercando a la jauría rabiosa. No alcanza a oírse su voz entre los salvajes alaridos de los sabuesos. Los llama por sus nombres, pero no le obedecen:

—¡Sirena, Centella! ¡Suelten! ¡Raja diablo, déjalo!

Se atreve a golpear las grupas con su bastón, y los perros van acallando su furia. Se apartan para tenderse, jadeantes, en los ladrillos. Otros, se alejan por detrás de las casas, con pedazos de cuero entre los dientes, como avergonzados de su acción.

Don Panta no se mueve de su sitio, clavado en los ladrillos. Algo rezonga entre dientes. Supongo que balbucea inconsciente los nombres de los perros:

—¡Sirena, Centella! ¡Suelten! ¡Déjalo, Raja Diablo!

Sus ojos están como hipnotizados por el aserrín que mancha el suelo, por los pedazos de

cuero rojizo, por la cola, que casualmente ha quedado junto a la tabla vacía.

¿Qué pasa por su espíritu en ese instante? ¿Qué lucha interior lo ha enraizado entre los despojos del león? ¿Se hace, por fin, la luz en su cerebro y su mentira y la mentira que lo rodeó durante años se destriza en mil fragmentos, como el gastado pellejo del puma de su abuelo?

Ahí, sobre esos restos, ha muerto quizá el otro puma, hecho de frágil ensueño, que escogió su delirio como guarida. No sé por qué, pienso que en esa trágica inmovilidad del anciano se incuba una nueva conciencia, una chispa de comprensión que abrasará su demencia, purificándola.

En torno al viejo, se ha deshecho ya el hechizo nocturno. En el sudario del amanecer vuelven a cobrar relieve las risquerías abruptas. Como negros brazos que pidieran auxilio, retuercen las cepas sus podadas ramas en el faldeo. En las tejas oscuras y en el esponjado blancor de los perales, desgranán uno a uno el apretado racimo de sus gorjeos, las diucas madrugadoras.

Mi amigo vuelve a su cama. Yo sigo en el ángulo entreabierto de la puerta. On Panta parece clavado en los ladrillos. Pero el bastón tiritita, pegado al suelo, como una exteriorización de la lucha interna de su alma y sólo mueve la cabeza cuando resuenan los zuecos de la vieja de La Rinconada que acude en su auxilio, como si



Don Panta fuera todavía el niño indefenso que ella conoció.

Vuelvo a la cama. Indefinible angustia aprieta mi corazón. Mi amigo fuma, un codo apoyado en la almohada. Con risueño chispeo, sus ojos se fijan en mí; pero se torna serio de pronto y me dice, con cierta solemnidad compasiva:

—Sin quererlo, cazó su puma Don Panta; pero a éste no le quedó ni el cuero.

## EL AGUILUCHO (INTERMEDIO AGRESTE)

Todas las mañanas, en un vuelo amplio y acompasado, como si se tratara de un ejercicio, descendía el aguilucho de los altos cerros y atravesaba el valle para ir a posarse en la rama de un viejo roble, al borde de una quebrada.

Era como un decorativo e imprevisto remate de aquel gajo carcomido, nostálgico de pájaros y vientos.

Inmóvil horas y horas, lucientes el blanco plumón del pecho y el obscuro terciopelo de las alas, descansaba el aguilucho de los cerros. En actitud avizora la aguda cabeza rapaz.

Apenas su silueta era advertida por los pájaros, se producía en el aire un inusitado temblor de alas.

Volaban ruidosas las bandadas de jilgueros, las diucas desgranaban asustadas sus trinos de miel, alborotaban las tencas comadreras, tragábase los matorrales el vuelo negro de los tor-dos, y lloicas y zorzales dejaban de cantar.

Sólo los tiuques, indiferentes, seguían sus vuelos cortos sobre los barbechos recién peinados por las rejas de luma.

A cualquier alarma que el viento le trajese,

alzaba de nuevo su vuelo de flecha, seguro y vertiginoso, y desaparecía.

A veces, quizá al aproximarse a un nido, lo seguían los pájaros del valle y lo atacaban con denuedo. El, inmutable, limitábase a ascender cada vez más, en rápidos arcos de círculo, hasta que los pájaros abandonaban la persecución, y el aguilucho parecía disuelto en el aire, vibrante de sol.

Según los cabreros, en el hueco de un altísimo risco, tenían su nido los aguiluchos de la montaña.

Nunca imaginamos que uno de ellos estuviera cerca de nosotros, que lográsemos observarlo con nuestros ojos ávidos y que pudiéramos tocar sus plumas con nuestras manos temerosas.

Era tan inaccesible para nosotros, como las nubes y las estrellas.

Una mañana, sin embargo, Juan Pechuga trajo al aguilucho de las alas, de las puntas de sus rémiges duras y frías como láminas de metal. Nuestro asombro no tuvo límites. Lo mirábamos perplejos, sin acertar a creer que aquel vuelo imponderable sobre el aire y la montaña, estuviese aprisionado en la mano tosca como un pedrusco de Juan Pechuga.

El pájaro tenía un frío aspecto de hombre en desgracia. Sus ojos impenetrables parecían mirar por encima de nuestras cabezas. El corvo pico, de un azul de acero, era como el revólver posado en el velador de mi padre. Había en él

una amenaza latente. Las fornidas garras se habían recogido como arañas friolentas.

El hecho se explicó, por fin. Juan Pechuga lo había visto, como siempre, parado en el roble viejo. Llevaba su honda de pastor en el bolsillo. Cogió una piedra y la lanzó sobre el árbol. El pájaro cayó, aturdido, a tierra. Juan Pechuga lo cogió de las alas y lo observó, sin encontrarle herida alguna.

—Durante el camino—decía, sonriendo, el serruco—, los pájaros parecían entonar un canto de alegría sobre su cabeza. Era más ruidoso el chillar de las diucas, más enfático el canto de las tencas charlatanas, más vivo el piar de los zorzales, entre el oloroso y nevado esplendor de los perales floridos.

El pájaro fué amarrado de una pata, en el cuarto de las monturas; y allí, encaramado sobre el filo de un caballete, permaneció, día y noche, manchando la penumbra del cuarto con el níveo blancor de su pecho. Era tan inmóvil su actitud, que no parecía vivo; sin embargo, al segundo día comió un trozo de carne, al tercer día le acercamos un zorzal. El pajarillo andaba a saltitos en las cercanías, sin que le inquietase su temible enemigo del aire. Tampoco el aguilucho parecía hacer caso de él.

Juan Pechuga, que conocía los grillos y los calabozos del retén de carabineros, explicaba el hecho con cierta tristeza sentenciosa:

—Es que está preso, patrón.

Muchas veces, furtivamente, penetramos al

cuarto; y aquellos dos puntitos brillantes y fijos de las pupilas, nos hicieron estremecer.

¿Era el misterioso enigma de los ásperos riscales, azotados por el viento, el que dormía en aquellos ojos redondos, inmutables?

Una mañana, alguien dejó abierta la puerta del cuarto de las monturas. En aquel rectángulo de luz, el aguilucho debió mirar un segundo el perfil azul de los cerros lejanos, la clara luz que bañaba los valles y los lejanos bosques, donde, en esta época, volaría su pareja; y arrastrando su ominoso cordel, el pájaro se lanzó hacia los cerros, recto como un proyectil.

Nosotros le vimos pasar, con estupor, sobre nuestras cabezas; pero su vuelo no era el mismo. A pesar de su peso insignificante, aquella cuerda le impedía volar, lo atraía hacia la tierra, quebraba su vuelo dominador.

Se había producido el característico pavor entre los pájaros, que, en un principio, volaron en todas direcciones, para retornar, rehechos, hacia el ave de rapiña. Tencas, zorzales, diucas, y un tiuque, lo acosaron de todas partes.

Era como si se hubiesen percatado de que las fuerzas y arrestos de su enemigo secular, no eran los mismos.

El aguilucho se metió en la alba y olorosa pompa de un peral en flor, en el declive de la colina. Allí quedó prisionero, el cordel enredado entre las ramas. En balde agitaba sus rémiges de acero, cuando los pájaros, como un grupo de

labriegos que persiguiesen a un ladrón, lo picoteaban sin piedad.

Una tenca le partió un ojo, un tiuque, el otro; y agonizante, quedó sujeto de uno de los gajos, colgantes las alas y lacia la cabeza dominadora.

Una lluvia de pétalos olorosos, con pintas de sangre, rodó sobre la tierra oscura.

—Lo mismo cayó cuantu'ha el negro Manuel—observó Juan Pechuga, recordando la historia de un célebre salteador de Peñalquín.

Luego, con ruidoso aleteo, los pájaros se dispersaron por el campo.

Alrededor del aguilucho agonizante, sólo vibraba la sordina de miles de abejas, que volvían de nuevo a las flores de primavera.

Era la época de las semillas y de los almá-cigos. Los pájaros audaces caían en racimos sobre las eradas de cebollinos y betarragas.

Entonces, Juan Pechuga concibió la gran idea. En lugar del harapo ya desacreditado que servía de espantajo en la ladera, colocó al aguilucho, sujeto por las puntas de las alas a un madero vertical que giraba alrededor de un hualle, clavado en la tierra.

El viento movía el cuerpo del aguilucho, dando la sensación de la vida; y tencas y zorzales, y tordos y diucas, rompían su vuelo al divisarlo, sin explicarse el prodigioso e inesperado fenómeno,



## SALTEADORES DE CHILLEHUE

(LA ALDEA)

En el mesón de un bar encontré una mañana a Luis Urrutia, compañero mío en el Internado del Liceo de Talca. Cinco años, por lo menos, que no lo veía. Y no lo habría reconocido nunca si él no me dirige cortésmente la palabra. La cara nada me dijo en el primer momento (unos rasgos chilenos, recios y comunes), pero la duda inmovilizada en mis ojos lo hizo sonreír y esta sonrisa, la buena y campechana sonrisa de Luis Urrutia, tan popular entre sus compañeros de entonces, perfiló en el tiempo su figura.

—Poco ha cambiado Ud.—le dije, por decirle algo, sin atreverme a tutearlo.—Tal vez está Ud. más gordo.

Hinchó el amplio tórax con petulancia (era este un nuevo dato para completar el recuerdo del Luis Urrutia del Internado), y me explicó:

—¡Claro que más gordo! Es que he madurado de repente como las sandías maulinas.

Y con esta evocación a las sandías maulinas que vegetan durante meses en la tierra arenosa de la ribera para cuajarse inesperadamente en

substanciosa pulpa al llegar el verano, se disipó el cohibido embarazo que en los primeros instantes empañó nuestra amistad.

—Bueno, ¿qué vas a tomar?

—Una malta blanca.

Lo examinaba con agrado. A pesar de su precoz obesidad, no había variado la atarantada agilidad de sus movimientos y palabras. Sus mismos gestos precipitados; sus mismos ojos castaños, pequeñitos, montados en duros relieves de grasa. El pasado volvía poco a poco. Recordaba, ahora, que todos sus actos eran ejecutados como si el tiempo lo apremiase y lo reclamaran ocupaciones que, naturalmente, no existían o que él mismo se creaba con cualquier pretexto. Algo bullía dentro de él, una inquietud confusa que trataba de exteriorizarse de algún modo. Energía acumulada por un formidable apetito y una asombrosa facilidad para asimilar las sustancias ingeridas.

Lo veía haciendo conchavos con los más pequeños, paquetes de cigarrillos baratos que hacían llegar los panes del almuerzo o las chuchas de las mesadas a sus bolsillos, siempre atestados de baratijas.

Y bajo los viejos corredores de carcomidos pilares del internado de Talca, se incubaba el pequeño agiotista que había llegado a ser, según lo supe más adelante.

Nunca fué un buen alumno. Le interesaban más esas rifas y juegos con que entretenía a los muchachos en su provecho que los estudios. Só-

lo en la cercanía de los exámenes lo veía embucharse, con su habitual atarantamiento, los problemas de álgebra o las definiciones gramaticales, encaramado en una acacia de descascarado tronco que había en un rincón del patio y que nadie se atrevió a disputarle nunca.

A veces, al pasar bajo el árbol, oía un *pst* que llegaba de lo alto. Veía, primero, un zapato roto, sujeto por un bramante en la punta, y luego, la cara congestionada de Urrutia y su boca ancha, en cuyos labios amarilleaba un cigarrillo, que me hacía una consulta:

—Oye ¿qué son substantivos distingüendos?

—Son los que tienen dos significados,—le recitaba yo desde abajo, uno cuando se construyen con la primera terminación del adjetivo y otro cuando se construyen con la segunda, v. gr.: El capital, la capital, el cólera, la cólera.

Oída la explicación, se hundía el cuerpo en el seno del árbol y se cerraba, rumorosa, la verde cortina de hojas.

Era hijo de un pequeño agricultor de Perales, en la junta del Maule con el Loncomilla. Un año de sequía, el padre no tuvo dinero para pagar la pensión del Liceo y Urrutia se empleó en un Juzgado de Talca.

Lo vi muchas veces por las calles centrales de la ciudad. Se había desarrollado en él un dandismo ostentoso. Usaba claveles en el ojal de su chaqueta y corbatas rojas. Con actitud desafiante, se paseaba en la plaza o iba a las pastelerías acompañando a mujeres de reputa-

ción dudosa. Era un desafío de hombre fuerte a una pacata e hipócrita sociedad. Después lo perdí de vista.

Estos recuerdos me acercaban agradablemente a Urrutia. Y él sentíase penetrado de la atmósfera simpática que, del pasado, venía a refrescar nuestra amistad de estudiantes. Era un retazo de la juventud el que florecía, junto al vaso de cerveza, en el bullicio del bar.

Su vestimenta actual era el reverso de la antigua. Una sobria nota de hombre de acción, a la manera yanqui: zapatos de gruesa suela, traje de sport con bolsillos sobrepuestos y botones de cuero.

—Tengo una mina en Chillehue—me explicó a una pregunta mía sobre su vida—. Descubrí el filón por casualidad en un viaje que hice a la costa. Me acostumbré en el Norte a conocer las piedras y saber su ley aproximada. Aquí, el mineral se presenta en reventazones de primer orden; pero hay que luchar con la falta de capitales. Es el sino de todos los mineros. Descubrir para que otros exploten. Tengo un socavón ya muy profundo, pero necesito enmaderarlo para que no se derrumbe y se pierda todo. Me veré obligado a venderla, porque no he podido constituir una sociedad para su explotación. Vengo, precisamente, a ver a unos franceses que se interesan.

Apuró su vaso de cerveza. Un albo pañuelo salió del bolsillo superior de su chaqueta para enjugar el sudor de la frente. Blanquearon los

puños de su camisa, sujetos con relucientes collaras de oro. De su mina, probablemente.

—Es mi papel—agregó risueño—buscar capitalistas para los filones que descubro. Soy, en pequeño, una especie de Mr. Braden que explotó El Teniente para venderlo en buenos dólares a los Guggenheim.

Y, sin transición, me dijo:

—Debieras hacer un viaje a Chillehue. Te interesaría mucho, porque es un rincón de Chile, muy distinto del sur y del norte. Ahí no ha cambiado nada. Salvo el ferrocarril que pasa a diez leguas, es como si estuviéramos en el año 70 u 80. Se conservan hasta apellidos indios, de unos indios pescadores que había en la costa. Yo tengo un barretero en la mina que se llama Felipe Millacari, pero la mayoría tienen caras de españoles, con los ojos claros y el pelo colorado. En Chillehue hay un boticario que sabe mucho de eso.

Lo miré con alegría. Incluso me halagó el que se percatase de mi afición a buscar los aspectos típicos de mi país. Era un flúido de simpática atracción el que se desprendía de esos noventa kilos musculosos; de los inflados rolletes de carne que hinchaban las sisas de su chaqueta de sport, de atigrada trama. Me contaba con entusiasmo pintoresco la vida de Chillehue, adonde lo llevó casualmente su espíritu vagabundo. Muy a su pesar, se me ocurría. Tenía la conciencia del esfuerzo realizado. Creíase un

hombre de negocios a la moderna, a la manera norteamericana.

Y fué su deseo de hacerse amable, reciprocidad tal vez por la ayuda prestada en el lejano tiempo de los exámenes o simplemente porque vió la curiosidad pintada en mis ojos, lo que lo decidió a decirme:

—Yo me voy mañana a Chillehue. Si quieres, nos juntamos en la Estación. No son muchas las comodidades en la mina, pero hay nata de corderos y gallinas. Y tengo un vinillo tinto... de mascararlo...

Golpeaba los dientes, amarillos y fuertes, arriscando cómicamente los labios en la actitud de mascar.

—Ya lo verás.

No esperó mi aceptación. Pagó el consumo, sacando los billetes del bolsillo del pantalón.

—Llévate un poncho—agregó—, porque en las tardes hace frío y un pantalón de montar, si tienes.

Se despidió precipitadamente, después de consultar su reloj de pulsera. Lo esperaban los franceses. Entre una langosta y un chateaubriand los convencería de la riqueza de su mina y del elevado precio que por ella exigía.

—En la Estación Central, mañana, a las ocho y media—puntualizó.

Se detuvo un instante, baja la cabeza como si meditase, y luego me espetó la noticia de golpe:

—En Chillehue hay una partida de saltea-



dores que aparecen de repente en los despachos de los fundos y a veces en las casas. No los han podido pillar todavía.

Lo miré estupefacto. Ya no era tiempo de preguntarle nada, por lo demás. Ante mis ojos estaban sólo sus macizas espaldas que desaparecieron tras la mampara giratoria, vuelta violentamente a su equilibrio, apenas él pasó. No era una noticia agradable esa de los bandidos de Chillehue, sobre todo para un hombre de la ciudad. No lo dijo para hacerme desistir del viaje, seguramente. Había tal serenidad en sus palabras que toda sospecha se desvaneció. No abrigaba, tampoco, el temor de ser asaltado por esos típicos bandoleros de la costa, ni en el momento de recibir la noticia, ni cuando caminábamos al tranco de nuestros caballos, bajo la mañana de otoño, suave de luz y fresca aún del rocío del alba, en dirección a Chillehue.

Al contrario, mi curiosidad era cada vez más viva. Ardía en deseos de conocer ese rincón de cordillera de la costa donde los hombres, dueños antiquísimos de pequeños faldeos y quebradas, hacían de vez en cuando asaltos a los pequeños despachos de los fundos, formados posteriormente por los nuevos ricos del salitre o por extranjeros enriquecidos de improviso.

Estos asaltos, según Urrutia, eran técnicamente preparados y con hábil conocimiento de los medios defensivos de los comerciantes y del dinero existente en los despachos o en las ca-

sas de los fundos. Desaparecían luego, sin dejar rastros.

Cada uno de los arrieros que tropezábamos en el camino, arriando pacienzudamente sus mulas cargadas de sal o de pescado seco, podía ser alguno de los miembros de la banda. Podía serlo, igualmente, el mocetón de mirada retadora que volvió la cara a nuestro paso, apoyado con negligencia en el varón de una casucha, en el cruce de dos caminos. Por largo rato, llevé en los ojos el violento manchón rojo de su faja campesina.

—Estos asaltos son muy espaciados—me explicaba mi amigo—como para dar tiempo a que se olviden. Por eso es que no se alarman los despacheros ni los dueños de fundos que vienen a sus cosechas, pero cuando más tranquilos están ¡zás! que se dejan caer un día cualquiera.

—Es claro que los salteadores no son de fuera—le argüí.

—Yo estoy seguro, aunque la mayoría opina que por lo menos el jefe es de Chillehue. Los pacos del cuartel de Chillehue no se atreven a hacer ninguna pesquisa seria. Deben tener miedo. Sobre todo se habla del jefe. Sólo lo han visto de lejos, en un asalto al despacho de un fundo que está detrás de esos cerros.

Mi amigo señala un rojo espinazo costeño, en cuyas quebradas se aprieta una vegetación enana, gris del polvo de las terrosas colinas.

—Dicen que es un hombre muy grande, que se para en las puertas de las casas asaltadas y

dispara al aire con dos chocos, uno en cada mano, como si fueran pistolas. La banda, entretanto, saquea el almacén. Luego se pierden en los cerros. No se conocen más detalles del hombre. La imaginación popular no ha descubierto el rasgo característico con que va a ser conocido en la tradición de estos campos. No ha hecho ninguna muerte y, cosa curiosa, se ha robado las cuentas y vales de los gañanes. En esto estriba su popularidad en la montaña. Los campesinos lo consideran su aliado. ¡No lo van a pillar nunca!

Y pienso para mí que el bandido de Chillehue no es un vulgar salteador de caminos. En sus asaltos hay un oculto móvil del cual ni él mismo se habrá dado cuenta. No sé qué de revancha social o vengativa justicia.

Guardamos silencio. Asperos, los cascos de los caballos hacen saltar las escasas piedrecillas y levantan nubes de polvo que remolinean un instante y se deshacen luego, empapadas de luz. Miro con voluptuosidad el muerto oleaje de colinas rojas y grises, en el vuelo de cuyas faldas se amontonan las cabezuelas canosas de los cardos, quemados por el moho del otoño. Avanzan en apretados grupos y, por entre su cenizoso desorden, pasan ovejas oscuras, pesadas, mordisqueando los tallos tiesos con rápido crac de fibras tronchadas. Los vilanos, libertados por su paso entre los cardos, parecen, más que de los oscuros troncos, desprendidos de la lana blanca de las ovejas. Ni un aguazal, ni un hilo de

agua humedece la segura de la tierra. En las cunetas, rojea la gota de sangre de los saltaojos. Entre las piedras, los brazos espinudos de unos quiscos o la vieja chimenea orinosa de una pulla. En las cercas, se balancea el cuerpo vivaracho de las tencas. El chiu-chiu fresco de las diucas alegra la dorada quietud de la mañana. El árido perfil de los cerros corta un cielo inmenso, de un celeste desteñido, donde se destrema poco a poco la tela de una nube blanca.

En uno de esos hondones, rayados por alegres esterillos de agua pura, tan frecuentes en la cordillera de la costa, se disimula la aldehuela, entre alamedas doradas y rumoreantes. Montón irregular de casas de barro obscuro y de ranchos con techos de totora, la aldea de Chillehue produce también la impresión de que el otoño la hubiera secado como al paisaje entero.

Se ven casas abandonadas, con los techos desplomados y sus ventanas sin vidrios, negras como cuencas vacías: en los patios desguarnecidos de muros, entre higueras pesadas de polvo y perales agonizantes, los cardos secos enmohecen la tierra con su nota quemada.

A cada movimiento del aire una nube de vilanos se desprende de las cabezuelas blancas y se reparte por el campo, ya volando vertiginosos o reptando, desesperados, entre los troncos donde nacieron. En la mayoría de los techos, sangran los ajíes puestos a secar o madura al sol una espesa alfombra de choclos de la pasada cosecha.

Vamos a almorzar en casa del boticario de Chillehue.

—Porque, a pesar de su pobreza, el pueblo tiene botica—me explica Urrutia—. Vas a conocer al doctor. Así lo llaman todos, porque hace de médico también. Y es farmacéutico recibido. El título lo tiene en la tienda, pero por no sé qué historia de envenenamientos, el hombre se desterró solo en estos cerros.

La casa del boticario es de las mejores del pueblo. Está recién enjalbegada. El blanco rectángulo es casi un alarde de arquitectura y un remanso de claridad en la grisácea crispación de los cerros.

Sobre la puerta hay un letrero: *Botica*. Lo primero que se advierte es un mostrador desnivelado, casi un muro sinuoso que se hubiera adaptado al piso disparejo. Sobre el mostrador un grupo de recipientes ventrudos (azules, verdes, rosados), donde se aconchan los líquidos teñidos de las farmacias y, sobre ellos, nos mira por encima de sus gafas, un viejecillo de color muy moreno y de cabeza blanca. No sé por qué, le encuentro algo de los cardos secos de las colinas.

Mi amigo se adelanta con su gesto confiado, tan característico. Tiende la mano por encima de las vasijas.

—¿Cómo está, don Eleuterio? Le presento a mi amigo don Mariano Latorre, que viene a conocer esta tierra de Chillehue, famosa por el oro y por los salteadores.

El viejo se sonríe mecánicamente, sin mostrar los dientes. Con un pequeño movimiento

de costado, abandona su decoración de líquidos rosados, verdes, azules, y me alarga la mano, inclinándose por encima del mostrador.

Habla desganadamente, sin fuerza, como su sonrisa:

—Gusto de conocerlo.

Mira con unos ojos vencidos, no exentos de malicia, a mi amigo.

—Usted sabe, don Lucho. Ahí está don Juan. Tenemos chicha nueva.

La cara se vuelve pausadamente hacia una puerta, detrás del mostrador.

Al oír el nombre de don Juan, mi amigo desborda de alegría.

—¿Cuándo no? ¡Allí donde haya chicha estará don Juan!

Pienso en parrandas de aldea. En las recias comilonas campesinas. En el beber copioso; en la alegría chabacana y fuerte de los huasos.

Atravesamos una puerta, al fondo de la botica. En un ángulo, distingo ahora a un aldeano que sostiene su brazo con un harapo sanguiinolento, a modo de cabestrillo. Es un herido que espera su turno pacientemente. No levanta los ojos, clavados en el suelo.

En el umbral, mi amigo se vuelve:

—¿Quiere decirle a Mañungo que lleve los caballos al cuartel, don Leuto?

Asiente el viejo sin mirar, moliendo en su mortero.

Entramos en una típica pieza de caserón aldeano. Paredes encaladas, Viguetería desnuda.



En el centro, una mesa cubierta con un hule descascarado en los extremos. Un hombre, con el uniforme de la policía rural, mira por encima de un periódico. Ante él, un vaso de la chicha nueva de los cerros, del color de las gredas mojadas. Es también un viejo, pero el reverso del boticario. Ancho, de cara redonda, de nariz chata. Pelo negro, de mechaz rebeldes. Bigotes espesos, entrecaños. Es fuerte, pero tiene ese no sé qué de gastado, de vejez prematura de campesinos y aldeanos.

Se levanta pesadamente para saludar.

—¿Cómo está, don Luis? ¿Acaba de llegar, no?

—Sí, señor, en este momento. Me le vengo a hacer el convidado al doctor.

Al oír esto, baja la vista. Mi amigo sonrío. Conoce bien a los chillehuano. El cazurrismo huaso no quiere comprometerse con estos nuevos convidados al almuerzo. No cabe duda. Hay algo preparado. La chicha para el pernil o el pernil para la chicha. Pero mi amigo no le hace caso.

—Le mandé los caballos al cuartel, don Juan—explica.

—Muy bien, don Luis. Ya sabe que en su casa está.

Y tranquilizado ya, va en busca de vasos a la pequeña alacena. Del jarro, echa chicha a los vasos. Hierve en burbujones oscuros, con vida extraña, la baya de los parrales cordilleranos. Y es dulcísima, de racimos recién estrujados.

La saboreamos en silencio. Mi amigo, como siempre, es el primero que habla, limpiándose los labios:

—Buena la chicha este año, don Juan.

—No es mala, don Lucho—corrobora el comandante.

Y bruscamente pregunta:

—¿Y qué hay de los salteadores, don Juan? ¿No ha caído ninguno?

En la cara mofletuda del comandante hay un gesto cómico de embarazo. Es una turbación casi femenina. Supongo que mi presencia la motiva. No mira hacia nosotros. Veo su perfil casi plano, cortado por el bigotazo espeso. Responde calmadamente:

—Algunas pistas tenemos, pero se hacen humo estos diablos. Son peor que chillas estos bandidos, don Lucho. Hasta debajo de las lajas se esconden. Y la gente de los campos, ¿cuándo sabe algo?

Mi amigo ha notado que el aldeano no quiere comprometerse ante un extraño, y su bromear se hace impertinente.

—Para mí, los pacos tienen miedo. La pesquisa debiera entregarse a los carabineros. Yo encuentro muy bien la idea de Ibáñez, de cambiar los pacos por carabineros. ¿No le parece, don Juan?

El comandante sigue absorbido por la chicha del jarro.

—Tampoco han hecho gran cosa los carabineros—responde, como si no entendiese el to-

no zumbón de mi amigo. Ayer se fueron a Talca, sin haber descubierto nada. Esos, si no tienen buen asado, no hacen pesquisas.

Y, después de una pausa, llenando los vasos de nuevo:

—Es policía para países ricos, don Lucho.

Entra el doctor en ese instante.

—¿Para mí no hay chicha, entonces?—habla, risueño.

El comandante se mueve con agilidad inesperada para su corpulencia, y va en busca de otro vaso, a la alacena.

—¿Qué me demoro, don Leuto! Usted sabe: perro que no anda, no encuentra hueso.

—Por eso, don Juan; por eso estoy aquí.

Ríen y beben, beben y ríen. Vuelve a hablarse de los bandidos de Chillehue y del célebre capitán de los chocos. El boticario opina que es un famoso bandido del sur, el “Pájaro Niño”, que se ha venido por los cerros de la costa, desde Arauco hasta Chillehue.

Entra una muchacha a poner mantel y cubiertos sobre el hule descascarado. Es alta, de recias espaldas. Sus ojos grises, de buena raza, tienen una gracia acre, un atractivo elemental de flor de cerros. Rojea en sus labios gruesos sana sensualidad.

Mi amigo va siguiendo todos sus pasos con los ojos. No puede reprimirse cuando la chiquilla sale del comedor.

—¿Y ésta, don Leuto, donde la desenterró? Entreatre el viejo la boca. Por los dientes

ennegrecidos se escapa la sonrisa como una mueca cínica:

—¿Y no reconoce, don Lucho, la hacienda propia?

—¿La propia hacienda?

Y justifica su falta de memoria, diciendo:

—Es que estas chiquillas de campo se parecen como zuecos viejos.

—Es la hija del viejo Venancio, el herrero de su mina, don Lucho.

—¿Sí? Yo la vi en el norte, chiquita. Y era más negra que un pollo trintre. ¡Qué modo de cambiar!

—Es que hay que esperar la primavera para que pelechen las potrancas, don Lucho.

—Me la voy a llevar a la mina. El viejo Venancio no sabe más que hacer porotos.

—Por algo la habrá escondido del patrón—apuntó el comandante.

—Este don Juan es medio mal hablado—replica mi amigo.

Salpimentan este diálogo, a modo de entremeses, ruidosas risas y gordas tajadas del pernil que chorrea substancia en el azafate, y la imprescindible chicha de los parrales costeños.

A las tres de la tarde, atravesamos la aldea, en busca de los caballos. El cuartel es una vieja casa con viejas ventanas enverjadas. Junto a los aleros de la fachada quedan rastros de la encaladura. Semeja, a la distancia, la piel de un caballo overo.

Frente a la puerta se pasea un soldado, vestido con gastado dormán y botones descoloridos. Es un hombre bajo, de espaldas macizas y cara aindiada, donde se aplasta una nariz chata, como la de un boxeador. Miran sin rencor unos ojillos zorrunos, atisbones.

Mi amigo lo saluda familiarmente:

—¿Cómo te va, Ñato?

—Muy bien, don Luis—responde el centinela, con idéntica familiaridad.

Me da la impresión de que con estos ademanes despreocupados de gran señor, maneja a los aldeanos y penetra astutamente en su confianza.

En el patio está la cuadra, bajo unas mediaguas. Se siente un acre olor a pesebrera, a fermentos de orines de caballos. En un corredor dormita un jamelgo anguloso, coronado el lomo de rosadas mataduras.

El comandante nos invita a pasar a la oficina.

—Ayer encontró el Ñato—dice— a un hombre en el despacho de los gringos. Asegura que viene de Name y da nombres. ¿Quiere verlo?

—Claro, don Juan. Lo conozco con toda seguridad.

A mi amigo le interesa este misterio que rodea los salteos de la región. Tiene, naturalmente, su opinión propia sobre la materia. Como buen minero, aborrece la vida arremansada de los agricultores y sobre todo la de los comerciantes rurales que, por medio de vales convertibles en mercaderías, explotan la imprevisión de los inquilinos y artesanos de nuestros campos y villorrios.

Cuando hemos hablado sobre esto, me ha dicho, risueño, chispeantes de picardía sus ojos castaños:

—Hacen bien en exigirles este impuesto obligatorio de vez en cuando. El salteo es el equilibrio económico.

Se ríe, todo un estremecimiento su gorda contextura, y agrega:

—Sobre todo lo de romper los vales de los trabajadores. Eso es genial.

Entramos a un cuartucho enladrillado. Hay en lo alto un ventanillo enrejado que da al cerro. Recorta, también, su trocito de tierra roja y su puñado de cardos en descomposición. En el primer momento no vemos a nadie.

El comandante llama en voz alta:

—¡Faúndes!

De un camastro, se levanta un poncho obscuro que se arrastra por los ladrillos. En el abanico de luz sestival se dibuja la poderosa osamenta de un hombre cansado. La barba ríspida, ligeramente rojiza, le da un aspecto de suciedad. En sus ojos grises, que apenas miran, hay una forzada timidez, un pavor apenas insinuado.

Mi amigo, con actitud decidida, se dirige al comandante.

—Yo lo conozco a éste. ¿No trabajabas con M. Cousin en el Molino de Mingre?

Observo una vez más que Urrutia usa la jerga popular para dirigirse a campesinos y obreros. Es uno de sus recursos: infundir confianza para que lo crean uno de ellos.

—Sí, patrón, — contesta el hombre, — al principio trabajé en el molino y después en los piques.

—Debe soltarlo, don Juan. Me lo puedo llevar a la mina. Me falta uno que entienda en el trabajo de cancha.

De un modo brusco se dirige de nuevo al preso:

—¿Quieres venir a Chillehue?

—Cómo no, patrón, conozco el trabajo de cancha.

El comandante asiente sin titubear. Quizás contento de librarse del hombre, sin responsabilidades.

—No hay ningún cargo en su contra, —



explica. — El Ñato lo encontró en el camino, mirando detrás de las casas del despacho de los turcos de Chillehue.

El hombre replica con un tono entre zumbón y humilde:

—Pero, mi comandante, taba ei pa hacer algo que no puedo icir aquí por respeto a los caballeros. Al Ñato se le ocurrió que estaba aguaitando a los turcos. ¿Qué le voy a aguaitar yo a los turcos?

Mi amigo ríe con sonoro reír.

—Es que al Ñato le ha dado por las pesquissas. Para mí que quiere ascender a comandante.

Me pareció entender la intención de Urrutia y la actitud indecisa del comandante de Chillehue. El primero, para alejar el peligro de un salteo en su mina; el segundo, por miedo al hombre de los chocos, el verdadero dueño de la región, en el fondo.

Había, también, en ambos, una tácita admiración a la habilidad de los salteadores, a su falta de respeto al comerciante, que, sin trabajo ninguno, venía a enriquecerse a costa de todos.

Estos hombres sin Dios ni ley resolvían un problema de justicia, en contra de los patronos que arrendaban a españoles o a sirios los despachos de sus tierras. Los concesionarios eran algo así como banqueros del terrateniente y contaban, por esto, con la impunidad de sus manejos.

Al atardecer, abandonamos el villorrio.

En las afueras, mi amigo se detuvo en una casita, casi aislada de las otras casas de Chillehue. Tejado nuevo, rojeante de tejas recién hechas. Puerta sin pintar, con una cruz blanca, a brocha. En una mediagua, a la izquierda, amarillean los choclos puestos a secar.

Un grupo de chiquillos harapientos y descalzos se revuelve en el polvo rojo de la calle, tirando una carretita campesina donde mira azorado y paciente un quiltro lanudo.

Mi amigo me convida a descender algunos minutos. Va a renovar los toperoles de sus botas yanquis, cambiadas en el cuartel, en casa del único zapatero de Chillehue.

En el cuarto oscuro (paredes desnudas, suelo sin tablas), frente a un banquillo de zapatero, un hombre vigoroso, de recio cráneo cuadrado, taquillea en un zapato de niño con un martillito reluciente. Resalta en el rostro una amplia frente pálida. Un copete de pelo rojizo sobre ella. Roja es, también, la barba que rodea su cuello.

—¡Buenas tardes, maestro Hilario!

Unos ojos grandes, fríos, de un gris de acero, se posan un instante en mi amigo.

—Cómo está, don Luis.

—Aquí vengo a cambiar los clavos, maestro.

El maestro Hilario deja sus zapatitos. Mi amigo, familiarmente, pone su pie en el banquillo. Unas manazas de gruesos dedos manipulan con lentitud.

Algo hay en este hombre que se escapa a mi observación del momento. No es el tipo campesino, de cara inexpresiva, que cuida ovejas o siembra en medias una chacra o un trigal. Tiene un no sé qué de agresivo, de fiera personalidad. Actitudes desembarazadas, que no son la pasiva mansedumbre del costeño, descendiente de changos ictiófagos, de indios dominados por el Inca o por el conquistador.

Esta idea se acentúa a un estridente grito de mando:

—¡Bájate!

Inconscientemente nuestras miradas siguen la dirección de los ojos del zapatero. Un chiquillo panzudo, subido en una silla, ha vaciado una caja de madera donde hurgueteaba, al oír el grito. Se desparraman por el suelo innumerables tiros de escopeta. El niño llora desconsolado. Una mujer flaca, con nerviosa impaciencia, entra al cuarto y se lleva al niño en los brazos.

Yo mismo escucho asombrado los latidos de mi corazón. ¿Qué tuvo ese grito de salvaje, de insólito, de poco humano?

Mi amigo no se ha inmutado. Mira las cápsulas rojas y verdes, esparcidas en el piso, y pregunta.

—¿Ha cazado muchas tórtolas, maestro Hilario?

Levanta el zapatero sus ojos acerados. Sonríe, mostrando el blanco vigor de sus dientes. Y con voz pausada, ligeramente ronca, dice:

—Me voy a las Pozas, detrás del despacho de los gringos. Allí hay un paradero. Me escondo entre unos espinales y les pego al vuelo cuando cruzan. Derechito caen al pasto. Algunas hacen ¡paf! en el suelo, de puro gordas.

—¿Y si lo pillan los gringos, maestro, que se creen dueños de las tórtolas?

—Ná que me han dicho hasta ahora, — responde en voz baja.

Y los ojos parecen endurecerse al pronunciar estas palabras.

Ha cubierto de toperoles, un arco de pelotoncitos azulencos, la suela de la segunda bota de Urrutia. Con esfuerzo baja la gorda pantorrilla, y pisa fuerte, una y otra vez, quizás para adaptarlas a la tierra.

—¿Cuánto le debo, maestro Hilario?

—Nada, don Luis.

—Gracias, maestro Hilario.

—Cuando se le ofrezca, don Luis.

Volvemos a montar. Mi amigo, a una pregunta que le hago sobre el zapatero, me explica:

—Hilario Faúndes, apellido tan común en Chillehue como los cardos y los tiuques. En ese

rancho, lo único que queda de una hijuela de los padres, viven una serie de personas. Una vieja que perdió su hijo en un salteo. La viuda de un cuatrero, amigo de él, muerto por los carabineros, y un grimillón de chiquillos y chiquillas que no se sabe si son hijos de él o de los muertos.

Salimos al campo abierto. Los cerros chatos, de protuberantes faldas, parecen tallados, a esta hora, en la amatista lavada de la tarde. Una muralla de nubes inmóviles, del mismo tinte, se estaciona en el invisible horizonte del mar, detrás de los cerros. Las rinconadas oscuras filtran una sombra violeta, empapada de humedad.

Los ranchos de totora, escondidos detrás de las escarpas, dan la impresión de estar deshabitados. A veces, el brochazo de oro de los choclos que se tuestan al sol o la muerta llamarada de los ajíes, del color de las brasas que se apagan, denotan su presencia en la sombra cada vez más negra.

La mina de oro que mi amigo bautizó con el nombre de "Chillehue", porque las quebradas hervían de chillas montaraces, era una ventana abierta al paisaje, a media falda de un cerro.

Acumulábanse las jorobas de las colinas, partidas a menudo por quebradas hondas donde la lejanía hilaba su vaho azul. Negreaban, aislados, los boldos sombríos. Los espinos arañaban la tierra roja con sus ramas torcidas. Herida descubierta de la tierra, lucía al sol el lecho rubio de un estero.

Océano de muertas olas rojizas donde se cernía a toda hora el vuelo lento de los jotes. De la costa, llegaban en la mañana nieblas veloces, en atropellado tumulto, como si llevarsen aún en su seno el fermento viajero de las mareas que las engendraron.

La mina de mi amigo no me produjo esa emoción que yo esperaba. Imaginábame ver al oro fulgiendo vivaz entre los pedruscos, pero sólo una línea rojiza, que caracoleaba por las juntas de las piedras, indicaba su presencia.

En el fondo de la galería, dos hombres ba-

renaban la roca viva. Sonaba un tiro cada cierto tiempo y un apir, en su capacho de cuero, cargaba las piedras para amontonarlas en la cancha. Se me ocurría que esas piedras de gris opacidad no podían contener oro. Mi amigo, hábil negociante, comenzó por convencerse de que existía allí un filón y lo quería hacer creer a los demás, a fuerza de simpática persuasión personal. Y cuando yo, en broma, le expuse mis dudas, la respuesta se adelantó sin titubeos:

—Es mucho mejor que el oro de lavaderos, éste de veta. Así no se quedan con la mayor parte los mineros, porque puede fiscalizárseles. ¿No es cierto, viejo?

Se dirigía al viejo Venancio que, con un fuele lleno de parches, sacaba una llamita vivaracha, silbadora, de la fragua improvisada.

Venancio era un viejecillo norteño, quemado por el sol y al que la edad y las arrugas redujeron al *mínimum*. Todo él reseco como una brazada de ramas de espino.

Su voz sin timbre asintió, benévola:

—Muy cierto, patrón. ¡La plata y el oro que si'han llevao los cangalleros en el norte! El finao don Tomás Urmeneta decía, por eso, que el cobre es la mina que rinde más, porque hay que moler la piedra para sacarlo.

Aquellos pedruscos grises, puntiagudos o chatos, que, cada tres días, venía a buscar una tropilla de mulas, iban a una fundición, a cinco leguas de allí. Me daban una impresión de lejanía en el tiempo, de algo colonial no evolu-



cionado, aquellos animalejos orejudos, de monótono pelaje y aquellos hombres de ojotas que las cargaban, tapándoles la cabeza con sus ponchos deshilachados.

Las veía disolverse, a la distancia, en el camino que trepaba el cerro próximo. Mis ojos agotaban su poder visual, antes de que la caravana, con el lento balanceo de sus capachos, cargados de piedras, doblase la cumbre.

En las noches, junto a la hoguera de tronquillos de espino o de hualles, oía, hasta adormecerme, las consejas del viejo Venancio sobre fantásticos cateos.

La leyenda del oro oculto en la tierra, que pena como si tuviera un alma de luz, en la soledad de los piques y chiflones, durante el sueño de los mineros.

Nunca olvidaré aquella tez cetrina, lamida por el lengüeteo temblón de las llamas, en cuyos ojos lucía, sin agotarse, la esperanza de descubrir algún filón que lo hiciera millonario.

Hacía una semana que permanecía en Chilehue cuando el Ñato trajo un telegrama para mi amigo. Los franceses habían decidido visitar la mina. Urrutia desplegó una actividad alocada. Daba órdenes contradictorias e imprevistas. Venancio y los mineros corrían de un lado para el otro sin parar. Estallaba, por cualquier motivo, en violentas cóleras que, de improviso, se apagaban en sonrisas condescendientes y en palmoteos amistosos, sobre todo si alguno, como Faúndes, respondía altanero a sus insultos. ¿Qué le pasaba? Me daba cuenta que, a pesar de sus arrestos de luchador, de *selfmade man*, como él decía, era la vida ciudadana, los restaurantes llenos de gente, las bellas mujeres doblegadas ante su generosidad de millonario, lo que deseaba con más ahinco. Este cuerpazo, receptáculo de un espíritu original, indudablemente, no había sido tocado por el ala del amor. De este negocio minero lo esperaba todo. Barreteros y apires fruncían el ceño ante el inesperado trabajo, y más que todo, por las respuestas que debían dar a los visitantes sobre la ley del oro de las minas.

Sólo el viejo Venancio sonreía, desplazando la red de arrugas de su cara en extraordinarias combinaciones, enterado más que nadie del secreto de la negociación. Al mismo tiempo, su brazo tiraba con paciencia el viejo fuelle asmático. Un puñado de brocas desdentadas esperaban en el suelo su refacción.

El Ñato se quedó a almorzar en la mina, invitado por Urrutia. Debía llevar en sus prevenciones muestras del mineral.

Bajo la ramada de litres y boldos, ya resecos, se reunieron barreteros y apires a almorzar. Porotos oscuros, punteados de rojos trozos de ají, se espesaban en una olleta panzuda. El Ñato predominó muy luego sobre los mineros reconcentrados y silenciosos. Cuchareó, despreocupado y parlanchín durante una larga hora, ante la pasiva actitud de los mineros. Contó su vida. Le entendí que no era del centro de Chile sino de la frontera. Hablaba de los bandidos de Chillehue, de los salteadores de despachos, del jefe de los temibles chocos gemelos. Hablaba con cierta calma bravucona de hombre que no se deja embaucar así no más.

—Esos salteadores que no se ven,—decía,—no son corajudos.

Empleaba esa palabra sureña para impresionar a los mineros. Los bandidos de la frontera, esos sí, presentan combate y han vencido a los trizzanos que los perseguían por selvas y cordilleras.

Los mineros callaban. Sopeaban y mastica-

ban con esa calma unciosa, característica del chileno de pueblo cuando come.

Mi amigo que lo oía, desde el otro extremo de la ramada, lo interrumpió, mostrándole la carabina vieja, tendida a su lado.

—¿Y con esa escopeta querís pillar al de los chocos, Ñato?

Los mineros celebraron la gracia del patrón. Con tono colérico, el viejo Venancio agudizó la burla:

—La bala debe salir dando vueltas como volaor por ei.

Todos rieron, fijándose en el lamentable instrumento, con su porta carabina añadido y sus gatillos mohosos.

El soldado no se inmutó. Las burlas se estrellaron en su serenidad, sin conmoverlo. Ni sus ojillos atisbones perdieron su brillo incisivo ni su voz el tono fanfarrón:

—Too epende del hombre que la maneje, on Venancio. Algo si'hará si me llega l' hora.

Media hora después volvíamos a Chillehue.

—Los franceses deben estar cerca si han tomado el tren de la mañana, según avisan.

Esperamos, sin embargo, toda la tarde, sin que apareciesen. A las seis llegó un nuevo telegrama en que desistían del viaje. Una incontenible cólera sacudió toda la maciza humanidad de Urrutia. Aquel hombrazo activo y varonil procedía como un niño al que no le realizan un antojo. Insultó, primero, a los gabachos informales. Si hubieran sido yanquis nada habría sucedido. Quiso, luego, marchar a Talca inmediatamente. El boticario le observó que no había tren a esa hora en el ramal.

—¡De veras! No hay tren, — murmuró en voz baja, ausente, interiormente desplomado.

Toda su furia explosiva se tornó en un silencio pasivo.

Le dije entonces para consolarlo:

—Aunque no entiendo gran cosa de negocios, creo que si demuestras demasiado interés puedes perjudicarte.

Me miró a los ojos. Vi palpablemente llegar la confianza a su cara mofletuda y a los pequeños óvalos dorados de sus ojos.

—Sí, tienes razón, — asintió, poniéndose de pie.

Y olvidado de todo ya, me agregé:

—Nos iremos a comer a casa del cura. Ese maneja buen mosto. Nos volveremos a Chillehue en la noche. Ya me avisarán los franchutes si les interesa.

Atravesamos la plaza de la aldea, especie de solar cruzado por dos senderos en equis y rodeado de acacias, casi rojas con las colgantes cápsulas de sus frutas, quemadas por el otoño. En el extremo de una de las manzanas, la masa cuadrada de una Iglesia de ladrillos sin revoque. La campana, bajo una casucha de tejas, doblaba a muerto. Las campanadas disparejas llenaban toda la aldea e iban a morir en las colinas grises que rodeaban el valle. Cruzaban el solar algunas mujeres con el negro manto echado a la cabeza.

—¿Quién se habrá muerto? — dijo Urrutia, interesado de nuevo en la vida aldeana.— Ahí está el cura. Se lo vamos a preguntar.

En la puerta de la casa parroquial negreaba la sotana del cura. Mi amigo se acercó a él con exageradas manifestaciones de camaradería. El cura lo recibió con gesto risueño; la mano en el bolsillo sesgado de la sotana.

—¿Cómo está, don Isidoro? Al fin le cayó un culpeo.

El cura, riéndose, le respondió:

—Es chilla no más, don Luis.

—¿Quién se murió?

—La viejecita que vivía con el preceptor, doña Sofronia. ¿Se acuerda usted?

—Cómo no, pues. Era hermana de la madre de la mujer del preceptor.

El cura designaba humorísticamente los entierros de personas de buena posición o de pobres aldeanos o inquilinos de los campos y la cuantía de los derechos que cobraba por las misas de difuntos, aludiendo a las dos razas de zorros chilenos, culpeos y chillas, ladrones de corderos o de gallinas.

Redondo, nombre digno de una novela picaresca, se apellidaba el Párroco de Chillehue.

Castellano viejo, de Soria, se hizo soldado carlista y luego fraile. Emigró a Chile con unos viñateros de Dueñas.

Era sórdido su aspecto. Pringoso lustre le brillantaba la viejísima sotana. Unos ojos grises, lagrimecidos con el constante fumar de mal tabaco, nos miraban maliciosos.

Hablaba precipitadamente, mostrando, por un rictus del labio superior que acercaba la boca al ojo, los raigones negruzcos, de los escasos réditos de la parroquia aldeana, de las minas y lavaderos de oro, de los salteadores misteriosos que le recordaban los guerrilleros de boina y alpargatas de Navarra o de Vizcaya. Durante el yantar, servido por una viejecilla menuda, de pasmosa agilidad para sus años (llevaba aún la manteleta de satén de su aldea castellana, uniforme de su calidad de ama) saboreamos un auténtico puchero español, substancioso, pero



excesivo. Hubo que disolver su crasa densidad con repetidos tragos de mosto costeño (ardor de siesta en su negrura espesa) que el cura guardaba en una tinajita, tapada con un ladrillo, a la vista de todos.

Excitado, el cura hablaba de las posibilidades de la región, en que el azar lo confió. La árida rojez de los cerros costenos se transformaba en una California de leyenda o en una Alaska sin nevazones. El oro dormía en una caverna de la terrosa cordillera, lejos de la mirada de los cateadores y ambiciosos. Sólo alguna escondida vertiente logró carcomer las aristas del filón y chispas de áureo fulgor, pepitas porosas o frágiles escamas mezclábanse con las arenas rubias en las crecidas primaverales.

—El dedo de Dios, — decía el cura, con gesto mesiánico, — señalaría alguna vez el camino del oculto tesoro o abriría la entraña del cerro para dar a conocer su valioso corazón. Y no sólo en lavaderos minúsculos sino en inagotables filones, como puntualiza la leyenda.

Mi amigo golpeó confianzudamente el muslo del cura:

—No olvide, don Isidoro, que el dedo de Dios ha puesto su yema en Chillehue.

El cura condescendió de buen grado:

—A eso me refería, don Luis.

Salió a despedirse a la puerta.

Era avanzada la noche cuando abandonamos la casa parroquial.

A pesar de mis protestas, mi amigo se obstinó en marchar a las minas inmediatamente.

—Es que tú no sabes, — me explicó, — que todas las camas del pueblo son criaderos de pulgas o de chinches. Y cuando no es un chillehuense el que se acuesta se declaran en huelga. Además queda algo de luna. ¡Mira!

La luna, tajada amarillenta de ámbar viejo, goteaba su lividez sobre la dormida semisombra de la aldea. Uno de sus cuernos rozaba el anguloso tejado de una casa. Me dejé convencer y ahora, al recordar esos instantes, no lo deploro.

El Ñato, eterno centinela del cuartel, nos ensilló los caballos con excelente voluntad y él mismo se brindó a acompañarnos por los cerros. Esta circunstancia iba a ser decisiva en su destino y en la vida de aquellas serranías chatas, adormiladas bajo el sopor amarillento del meneguante.

Al salir de Chillehue para ascender el camino de los cerros, se fundió la hoja de ámbar vie-

jo de la luna y la negra noche nos miró con su millón de ojos cristalinos.

Mi amigo, perdidamente borracho con el vinillo del cura, me proclamaba el primer escritor de Chile. Su brazo gordo presionaba mi espalda y casi me hacía salir de la silla, descompasando la marcha del caballo.

Con un airecillo picaresco de bonachona complicidad, tosía el Ñato, fumando su cigarrillo. Veía sus facciones toscas, que se iluminaban con un rápido brochazo de luz rojiza, a cada chupada.

Urrutia abandonó, por fin, el brazo y se quedó silencioso. Dormitaba seguramente, dejando el caballo a su instinto. Sentía, ahora, el paso seguro de los caballos, los leves chasquidos de los cascos en los pedruscos. La penumbra convertía en obstáculos insalvables los matojos y pedrones del camino, que se reducían a su tamaño natural al acercarnos a ellos.

El camino, seguro siempre, parecía partirlos sin ruido, como una masa blanda y los dejaba a un lado, olvidándose de ellos.

El muro chato de la montaña que faldeábamos estaba al alcance de la mano, entenebreciendo la noche.

Así caminamos durante dos horas.

En un abra, vi al lucero, pupila argentada que observaba impasible este momento, en que la sombra se estremecía al presentir el advenimiento del alba.

Sentí de improviso un hálito más fresco, del

iado de la costa. Con él, gotas de claridad destiñeron las sombras.

Los perfiles de los matorrales se redondearon en el claroscuro. Estallaron como glóbulos de luz instantáneamente musicalizados, los primeros trinos de las diucas.

Me coloqué al lado del soldado de Chillehue. Me interesaba el carácter de este muchachón del sur, quizá con algo de mapuche que erguía su ruda personalidad frente a los aldeanos y campesinos, aunque desempeñase en el cuartel menesteres tan humildes como limpiar la cuadra, llevar la pobre pitanza a los presos o cuidar del cuartel cuando los otros soldados andaban en comisión por los caminos.

Según me dijo, había llegado a Talca en un excedente de conscriptos de Angol. Alcanzó en el servicio hasta el grado de Cabo 2.º. La roja jineta despertó su personalidad. Soltó su lengua, sobre todo.

Lo obsesionaban estos bandidos de los cerros costeros, precavidos y astutos. Especialmente, el capitán. Rompían el concepto que él se había formado de los cuatreros de la frontera, arrieros hábiles y rastreadores imponderables. Esperaba encontrarse alguna vez frente al hombre de los chocos.

—Algún día será un año, — me dijo, para indicarme que la ocasión debía presentarse, tarde o temprano.

Doblamos, por fin, el cerro. Un valle fértil se abrió, aún bañado de sombras cenicientas.

El aroma acre de cardos y borrajas, junto al fresco de los poleos, llegó de vegas y esteros. En la marea blanquinosa del alba ya se ahogaban las estrellas. Era un instante de espectación solemne, de imponente paralización. Hasta el vientecillo que venía del mar plegaba sus alas frágiles. El instante en que la claridad canta como los pájaros y los olores tiemblan como las hojas.

Un tiroteo violento deshizo esta serena somnolencia. Los pájaros abandonaron los árboles. Antes de tiempo, cruzó la quebrada el vuelo de las tórtolas. Un chuncho manifestó su asombro con un rápido cho-cho de alarma.

Sujetó el Ñato las riendas de su caballo. Sus ojos brillantes se fijaron en el fondo del valle.

—Salteo en el despacho de los gringos, —murmuró con sorda voz de apremio.

Se bajó de un salto y con el caballo de las riendas se perdió entre los litres y boldos del monte.

A pesar de haberse detenido el caballo de mi amigo, al detenerse el mío, éste no se despertó.

Atenaceaba mi ánimo un sobrecogimiento miedoso, en el que luchaban mi curiosidad y el temor de recibir una bala loca si continuaba avanzando.

Seguía el tiroteo. Era un detonar precipitado que convulsionó el aire cristalino, desha-ciéndolo en millones de sonoras burbujas. En mi impaciencia, me molestó la inconsciente pa-

chorra de mi amigo, dormido aún sobre su mansa cabalgadura. Lo sacudí bruscamente. Abrió los ojos balbuceando:

—¿Eh? ¿Qué... qué pasa?

—Salteo, hombre. ¿No oyes los tiros?

Bostezó, estirando los brazos. El ruido de los disparos lo hizo desperezarse rápidamente. Me dijo lo mismo que el Ñato con una voz temblona y ansiosa:

—Es en el despacho de los gringos. Lo sospechaba. Los turcos hablaban demasiado. ¡Baisano aquí, baisanito allá!

Agregó decidido, tomando una determinación brusca, muy de acuerdo con su carácter:

—Vámonos por aquí.

Se metió entre los arbustos, abandonando el camino. Crujían las ramas resacas de boldos y litres. Volaban tordos y tencas sin control, de un árbol a otro, presas del pánico. Unos cordeiros corrieron atropellados falda abajo, tronchando cardos secos. Sólo un buey negro, de ancas agudas y largos cuernos, rumiaba impasible, debajo de un espino.

Urrutia se detuvo, antes de bajar de nuevo al camino.

—Nos vamos a acercar despacito y de a pie. ¡No se les vaya a ocurrir mirar para el camino!

Dejamos los caballos entre los boldos. Descendimos por una ladera empinada hacia el plan. Hierbecillas viscosas, muy abundantes, tal una pelambre del cerro, se pegaban a nuestras ropas.

Clarores lechosos precisaban el alba. Pupi-

la a punto de fundirse en el sueño, semejaba el lucero sobre nuestras cabezas. En el valle se arremansaban masas de sombras azules. Muro negro era la alameda en el flanco de un potrero y en la tierra oscura, removida no ha mucho por el arado, un arroyo dibujaba una línea sinuosa, blanqueada de amanecer. Mis ojos buscaban en vano el lugar del salteo. Fué Urrutia el que me lo señaló:

—Allí, detrás de los álamos, pegado al cerro de los Tricahues.

—No distingo nada, — le contesté.

—En el rincón, casi encima de la alameda. ¿No ves la casa pintada de blanco? El hombre está delante, entre el varón y el camino.

La llamarada roja de los disparos me indicó el lugar preciso. Vi a un hombre emponchado. Como grandes alas negras se alzaban las haldas de la manta a cada disparo.

Oía gritos, ladridos, carreras que antes no advertí, en los intervalos del tiroteo. Mi amigo observaba todo esto con agudo interés, casi con una voluptuosidad malsana. No había en él ni compasión ni cólera. Sólo una curiosidad cada vez más viva.

Seguimos caminando por el borde del cerro, entre los árboles, en dirección al camino. Urrutia me observó, entonces:

—¿Sabes que produce impresión el sistema de los disparos?

Ya me lo había formulado mentalmente. Un tiroteo continuo era casi un combate y el peli-



gro alejaba a los curiosos y a los mismos soldados de las policías aldeanas. Sin embargo, a nadie se le ocurría que un disparo a tiempo habría terminado definitivamente con el elemento más valioso de la partida, el incógnito capitán de los chocos.

—Claro que mete miedo al que no está en el secreto, — dijo Urrutia como si hubiera escuchado mi razonamiento.

—Gasta muchas balas al parecer, — le observé.

—Son cartuchos, seguramente. La táctica es meter miedo para que nadie se acerque. Ese conoce bien a los chillehuenses.

Callaron súbitamente los disparos; sin embargo, continué oyéndolos durante unos minutos en mi cerebro. Prodigiosamente claro cantó un gallo en el patio de una casa cualquiera. Tan sereno fué el clarinazo que el pequeño drama del salteo pasó un instante a segundo término.

Vi cruzar una chilla, cuesta arriba, con su meticuloso paso de terciopelo. Llevaba en el hocico una tórtola. También se había aprovechado, como los otros, del terror de los pájaros del monte.

El amanecer volvía, poco a poco, a posesionarse del campo. Una ola de aire más intenso adquirió tal vitalidad que se hizo corpórea al sacudir los follajes envarados aún por el hielo nocturno.

En ese instante estalló un tiro aislado, pero

distinto de los otros. Desde luego menos violento, como si el aire cada vez más vibrante hubiera apagado su sonoridad.

Mi amigo aguzó el oído con viva sorpresa.

—Ese no es choco. Es carabina y de las viejas, — dijo.

Y luego jocosamente:

—Es la carabina del Ñato. Estoy seguro.

Me preguntó entonces:

—¿Dónde se metió?

—Apenas oyó el tiroteo, — le expliqué, — dijo lo mismo que tú: ¡Salteo en el despacho de los gringos! y atravesó los boldos con el caballo de tiro.

—Se ha salido con la suya el paco si le pegó al bandido. Si no, le vá a ir mal, — comentó Urrutia.

—¿Por qué? — le pregunté.

—Porque a los salteadores los protege toda la comarca. ¿No te has dado cuenta? Se atreven con lo que harían todos los campesinos si pudiesen. Vivir a expensas de los ricos, que les han comprado de cualquier manera sus tierras para formar grandes fundos. Con razón o sin ella, los consideran ladrones de una tierra que les pertenece.

—Dios hace crecer el pasto para todos, dicen los mapuches, — le observé, — cuando les sorprenden sus animales en campo ajeno.

—Y estos son picunches, primos de aquéllos, — agregó mi amigo.

Sobrevino un largo silencio. Mi amigo echó a andar. Yo hice lo mismo.

—Algo ha sucedido en la casa. O el Ñato ha herido a alguien o se escapan, por encima del cerro de los Tricahues, — dijo Urrutia.

Llegamos rápidamente al camino que desembocaba en el valle. Vimos abrirse con estrépito las hojas de la puerta del despacho. Dos hombres emponchados y con un tétrico pañuelo negro en los ojos, bajaron a la carretera. Llevaban en las manos sus carabinas recortadas, semejantes a trabucos.

—Escóndete detrás de ese boldo, — me aconsejó Urrutia, al mismo tiempo que él se colocaba detrás de otro. No nos hayan visto y nos larguen un tiro.

Observé asombrado los movimientos de los salteadores. Eran ágiles, matemáticos, con algo de los felinos en acecho. Se inclinaron sobre el suelo, ocultándose un segundo a nuestras miradas como si buscasen algo. Se irguieron y volvieron rápidamente a la casa, cerrando las puertas de nuevo.

Mi amigo abandonó el árbol, diciéndome:

—¡Vamos! El Ñato le dió al jefe. No han podido llevárselo para el interior. Deben creer que la policía los rodea.

Pero en el campo reinaba la soledad más absoluta como si nadie lo habitase. Avanzamos, pegados a la zarzamora que separaba los potres del camino. Aquí fué donde oí por primera vez este alarido que se grabó en mi memoria

para siempre. Era una palabra vulgar, evocadora a la sumo de la anónima personalidad de un inquilino de fundo, pero en ese instante parecía un grito de guerra, bravío y trágico.

—¡José! — gritaba una voz varonil, con enérgico tono de mando.

—¡José! — repetía otra, como si obedeciese a la primera.

—¡José! ¡José! — resonaban como ecos lejanos en el interior de la casa y en los patios contiguos. — ¡José! ¡José!

Trama confusa y sorprendente de gritos enérgicos o suaves que se entrecruzaban como flechas y se iban perdiendo poco a poco entre los matorrales espesos, en la negrura del cerro de los Tricahues, cuya cimera se decoraba en ese momento con un ribete de oro luminoso.

Supe, más adelante, que era el santo y seña de todos los bandidos chilenos para conocerse en la confusión del ataque.

La evocación a San José, al cual le quitaron su aureola de santidad para convertirlo en un camarada que los protegiese durante las horas peligrosas, prestaba a ese grito de apremio, único y primitivo, no sé qué de religioso y profano al mismo tiempo.

En algunos segundos nos encontramos frente a los corredores de la casa.

En el suelo polvoriento, de deshecho trumao, entre el varón y la puerta, estaba tendido el salteador. Un enorme poncho lo ocultaba entero. Daba la impresión de tener las piernas do-

lorosamente recogidas. Cerca, una veta de sangre fresca rayaba el polvo. El macizo cuerpo se alzaba y caía en ruidoso estertorar. Cubría la cara el negro pañuelo que hacía de antifaz.

Debió sentirnos cuando nos acercamos, porque las piernas se estiraron coléricas, como para impedir que lo tocáramos. Al desplazarse, se vió una poza de sangre negra, salpicada de grumos de polvo.

Urrutia me observó, al mismo tiempo que se inclinaba sobre el cuerpo:

—La bala le dió en el costado.

En ese instante, autoritaria, resonó la voz del Ñato desde el corredor:

—No se le puede tocar, don Luis, hasta que llegue el juez.

Se acercó. Llevaba en la mano la carabina justiciera. No cabía en su pardeante poncho de vanidosa satisfacción. Había doblado las puntas en los hombros y se veía su gastado dormán de policía, cruzado por viejas correas.

Urrutia me miró de soslayo, cerrando un ojo y se inclinó de nuevo sobre el agonizante.

Resueltamente se interpuso el Ñato entre el herido y nosotros. Volvió a repetir:

—No se le puede tocar hasta que llegue el juez.

Con petulante relieve se mostraba ahora su personalidad ficticia, hecha de disciplina de cuartel y de respeto al orden establecido. La casualidad lo puso frente al bandido y su astucia avizora, no contagiada por la fe popular,

había vencido. Este era su momento y no lo desperdiciaba:

—La ley dice que sólo la autoridad puede tocarlo, — insistió.

—Pero aún está vivo y hay que auxiliarlo, — interrumpió mi amigo irritado.

El Ñato se doblegó ante el tono colérico de Urrutia. No era una autoridad, pero sí un rico, el dueño de una mina de oro.

—Entonces, don Luis, voy a Chillehue de un galope, — condescendió, — para avisarle al comandante y al juez.

Bien se veía el deseo de proclamar su hazaña, de ser el primero que diera la noticia en el pueblo y el único que la contara con toda clase de pormenores a sus compañeros de cuartel y a cuantos encontrase en su camino.

Al despedirse, se dirigió de nuevo a nosotros y dijo en voz alta, casi decepcionado:

—En el Sur, don Luis, se les da el golpe de gracia y así sufren menos.

Echó a andar su caballo y agregó:

—¡Y pensar que con otra carabina volteó a los demás!

Lo miramos hasta que se perdió detrás del muro dorado de la alameda. Despecho burlón chispeaba en los ojos castaños de Urrutia. En aquella facha desastrada, en el poncho desfriado, en las viejas botas polvorientas, había, sin duda, una fuerza latente. Sin que él se diera cuenta representaba en ese momento a la ley, a las autoridades, al Gobierno. Y debió haber en

sus palabras seguro convencimiento, porque Urrutia no auxilió al herido y con un gesto me invitó a penetrar al almacén.

Los concesionarios del boliche eran dos sirios. Un viejo, a quien golpearon y maniataron con trozos de lazo. Se lamentaban lastimeramente en su camastro, al lado del almacén. Vi su cara oscura y su cabeza, atada con un pañuelo sanguinolento.

El otro, un jovenzuelo flaco, de grandes ojos almendrados, muy nervioso, se lamentaba de la ruina de su negocio en una jerigonza prodigiosamente cómica.

Apenas reconoció a mi amigo, su cliente, se echó sobre él con una precipitación de náufrago que entrevé una esperanza o un consuelo. Sangrientos arañazos cruzaban su cara bronceada.

—Billo senvergüenza... Robaron la blata guincena. Rombieron botella... billo, senvergüenza... baisano billo, senvergüenza...

Los tarros de conservas, las botellas vaciadas allí mismo por los asaltantes habían caído al suelo, de las estanterías, chocando en el mostrador. Los albos rectangulitos de los panes de azúcar salpicaban los ladrillos gastados. Un ejército de hormigas desplegaba sus filas a la conquista del botín inesperado.

El sirio daba tregua a su desesperación. Su voz era, ahora, de amenaza.

—Billo, senvergüenza... Diéjalo no más. Ya lo billarán. El bandido es José.



Se calmó súbitamente. Se pasaba la mano por la frente sudorosa para recapacitar, y seguía su monólogo.

—Bandido José... José Bavéz. José González, José Faúndes. José el bandido, don Lucho.

Era imposible dejar de reirse. El sirio oyó el grito de asalto de los bandoleros y lo tomaba por el auténtico nombre de uno de ellos. Mi amigo intentó calmarlo.

—Oiga, don Elías, ya se encontrarán esos Josés; pero el jefe está muerto, ahí fuera.

La voz del viejo, jeremíaca, se lamentó en árabe desde adentro:

—Tahaf, Elías, Haly Adam.

El otro gritó hacia el patio:

—Bríjada, ta llama Salomón.

Nos acompañó al camino. Al ver el cuerpo del bandido, un trágico estupor inmovilizó su cara. Permaneció estático, casi paralizado, unos segundos y luego, bruscamente, se precipitó sobre el agonizante y arrancó con violencia el pañuelo negro que lo cubría.

El tirón levantó la cabeza, que cayó de nuevo, golpeando la tierra. En la boca se habían cuajado sanguinolentos espumarajos.

Estupefactos, reconocimos la cara ancha del maestro Hilario. Una cara sin sangre, cuidadosamente afeitada como para ir a un bautizo o a una novena.

El sirio hurgaba los bolsillos del zapatero

con nerviosos ademanes. Mi amigo se lo impidió:

—Hay que esperar, amigo, que lleguen las autoridades para allanarlo, — dijo, sin darse cuenta de que el Ñato lo había contagiado a él también.

El sirio seguía su bilingüe soliloquio:

—Yo la decía: bágala después, Hilario, bágala después.

Lo amenazaba, apretando los dientes:

—Billo, casiero. Y a la Bríjada la daba veinte besos.

Yo miraba con asombro el rostro vigoroso, de sólido mentón y anchas narices, al que la falta de sangre daba un blancor de yeso fresco.

Era un bello ejemplar de macho, de vitalidad magnífica. Recordaba su enérgica voz de mando en Chillehue, hacía una semana. No había en él rastro de raza indígena. El aventurero español que paseó por aquellos cerros su espadón toledano y dió rienda suelta a su exceso de vida en el aislamiento de la encomienda, retoñaba inesperadamente en el descendiente campesino.

¿Qué culpa tenía él si en su sangre fermentaba, después de siglos, el ansia de justicia o el afán de lucro o simplemente el aguijón indomitable de la vida aventurera?

Un chispeo de vida se filtraba por entre los párpados semi cerrados del moribundo.

Se oían cantos de pájaros entre los árboles. Silbos de zorzales y trinos de diucas. La luz de

la mañana otoñal, melosa y dorada, suavizaba aquel paisaje áspero y solitario.

—Mi blata, baisano, mi blata. ¿Dónde está mi blata? — se debatía el sirio entre los brazos macizos de Urrutia, que se obstinaba en sujetarlo.

Sólo entonces puse atención en la muchedumbre que se iba cerrando en torno al saltador.

¿Cómo había llegado hasta allí aquella gente?

Me pareció que brotaba de las espesas zarzamoras, de entre el seco varillaje de los cardos, de la marchita amarillez de las rastrojeras.

Algunas viejas, sobre los hombros desteñidos rebozos, habían pasado el varón y presenciaban la agonía del herido. Chiquillos sucios, apenas vestidos, se agarraban a sus faldas.

Apoyados en el varón, sin atreverse a traspasarlo, dos campesinos de poncho y de chupalla, muertas las caras morenas miraban sin moverse. Tenían algo de árboles viejos, de ballejos cansados.

Sólo un hombre joven, tal vez un minero, nos observaba torvamente, encendida y desafiante la mirada.

Sentíase un murmullo sordo, contenido, que no alcanzaba a ahogar el trinar de los pájaros y el frufrujeo de las hojas amarillas, elásticas y vivas al evaporarse el rocío que las entumía; pero algo obscuro se incubaba en las almas simples de los campesinos de Chillehue.

Se oyeron voces en el camino. La atención

de hombres y mujeres se desvió en esa dirección. Una nube de polvo rojo se elevaba pesadamente sobre el oro de los álamos. Desembocó un grupo de jinetes, frente a las casas: el cura, el juez de subdelegación, el comandante de policía, el boticario, el Ñato y dos policías del cuartel de Chillehue.

Más atrás, algunos vecinos: el matancero, el preceptor, el Oficial Civil.

El cura se bajó primero. Se vieron sus viejos pantalones y sus zapatos torcidos. El Ñato, erguido, soberbio, siguió al cura con una maletita en que iban los ornamentos y los óleos santos. Hurgó el cura, nervioso, en el maletín. Unas estolas mugrientas blanquearon sobre la sotana. En una mano el Crucifijo de bronce; en la otra, el frasquito con el aceite sagrado.

Preguntó tranquilamente:

—¿Todavía respira?

—Ta en las boquiás, — contestó una vieja.

—Ya tiene entelados los ojos, — explicó otro.

El cura tomó posesión del cuerpo con cierta precipitación avara. Apartaba con aspereza a sus rústicos feligreses. Expulsó latines por sus disparejos raigones, beatamente entornados los ojos. Se inclinó para ungir con óleo sagrado los ojos y la boca del moribundo. Y su cara, después de ésto, se hizo solemne. Se alargó, flácida e inerte. Desapareció su gesto habitual de juntar la comisura del labio con el ojo húmedo.

El índice, manchado de tabaco, señaló el cielo, vibrante de luz y de trinos.

—Arrepiéntete, hijo, de tus pecados. Piensa en la otra vida. Allá arriba...

El dedo taladró el aire, amenazante, enérgicamente convencido, mientras el Crucifijo se acercaba a la cara del moribundo.

Se escapó un ronquido estertoroso, con grumos sanguinolentos, por su boca hinchada como si hubiese entendido las palabras del sacerdote. Sus gruesas botas hundieron los tacos en el sucio trumao.

Como si dentro de él se hubiera roto un resorte, abandonó el cura su actitud profesional. Se volvió a inclinar sobre el agonizante y dando en una de sus mejillas un golpecito con los dedos, dijo únicamente:

—¡Pobrecito, está como cebolla!

La muchedumbre se atropelló en torno del cuerpo; las cabezas ansiosamente inclinadas a la tierra.

El Ñato intentó detenerlo con la culata de su carabina, pero no le hicieron caso alguno. Se oyeron voces de amenaza.

Una vieja chilló agresiva:

—A naide ha matado nunca con el favor de Dios, pa que no lo velen como cristiano.

El muchachón de mirada torva gritó, avanzando unos pasos, en actitud retadora:

—¡Y el paco lo mató por l'espalda!

Se produjo un silencio amenazante, después

de estas palabras. Todos se miraron perplejos y atemorizados.

Como en una letanía, clamó una voz quejumbrosa de mujer:

—¡Nunca le faltó un pan p'al necesitao!

El Ñato fué el único que se atrevió a tomar una decisión, hija de la personalidad que se había revelado en él inesperadamente. Se adelantó unos pasos con su carabina en ristre. Iba a producirse un choque, cuando intervino Urrutia.

—Don Juan, —dijo, dirigiéndose al Juez de Subdelegación, — según la ley es preciso allanar al muerto.

Al oír el nombre de la ley el Ñato se apaciguó instantáneamente. No esperaba otra cosa su vanidad. Volvía con gusto a lo normal y solícito, anticipó un dato para el proceso:

—Los chocos se los llevaron los bandidos, antes que yo llegara al despacho.

El cadáver fué sentado en el suelo. La cuadrada cabeza, de un palor mate y exangüe, se partía en una carcajada de trágica mudez. Las mandíbulas se abrieron en la agonía y alcanzaba a advertirse el paladar rojo y las dos hileras de poderosos dientes, en una feroz actitud de morder. Los ojos descansaban, semi entornados.

El Ñato intentó sacar el poncho, pero el movimiento torpe descontrapesó al cadáver y los circunstantes consideraron esta acción casi como un sacrilegio. Una vieja se interpuso. La muchedumbre se apretó aún más como dispuesta a aislar al zapatero de Chillehue de las autori-

dades. Se había acrecentado con mineros e inquilinos, arrieros y gañanes que abandonaron su trabajo para venir a conocer al célebre bandido de los chocos. Formaban un espeso muro de ponchos y rebozos. La misma vieja que se puso delante del Ñato forcejeaba sin conseguir que las mandíbulas se juntasen. Como arañas color de tierra corrían sus manos sarmentosas sobre la cara del maestro Hilario.

El aldeano que lo sostenía de los hombros aconsejó, impaciente:

—Amárrelos con el pañuelo, doña.

La vieja lo miró de soslayo y dijo despechada:

—¡Ei ta! ¡Ahora, todos quieren mandar!

Pero hábilmente, sus dedos huesudos habían desatado el nudo del pañuelo negro, corrido sobre el cuello y lo iba apretando poco a poco sobre la cabeza del muerto. Se oyó un chirrido de carne desgarrada. Las mandíbulas se encajaron de nuevo. Ahora, el maestro Hilario daba la impresión de padecer de un terrible dolor de muelas.

Le quitaron el poncho con delicada unción como si fuera un enfermo a quien desearan evitar todas las molestias. Superticiosa creencia popular para el que muere de muerte violenta y al cual suponen, por lo mismo, en gracia de Dios.

Para ellos, el bandido estaba en el cielo y desde allí rogaría por sus hermanos, los campesinos de Chillehue.

Una muchaeha morena, de almendrados ojos,



espantaba con el halda de su rebozo granate el persistente revolar de las moscas sobre el cadáver. Su actitud era triste y cariñosa, con una resignación de esclava que lamenta la muerte de su señor.

Al registrar los bolsillos, muy hondos, se encontraron hilas, yodo, muchos cartuchos y balas.

El boticario murmuró al oído del juez: un campesino típico de la costa: Triangulito negro, la cara. Barba y bigotes, unidos bajo la nariz.

—Ahora me explico las compras del maestro Hilario.

—Y yo, dijo el otro, que tenía un despacho en Chillehue.

El sirio que corría desalado tras las filas de viejas y de mozas, se coló, a un descuido, clamando con voz geremíaca:

—¡Mi blata! ¡Mi blata! La blata de la quincena la tiene Hilario!

Nadie le hizo caso. Sin consideración alguna un huaso lo empujó entre las mujeres, que se apartaron y volvieron a juntarse.

El cura, que trataba de convencer a la gente para llevarse el cadáver a la iglesia, insinuó la idea de lavarle la herida. Le sacaron, con iguales precauciones que el poncho, la chaqueta y una camisa rosada. El busto blanco, musculoso, apareció, sombreado de vello obscuro. Del cuello manceizo colgaban medallas y escapularios pringosos, con los extremos carcomidos.

Un fervor casi religioso detenía la respiración ansiosa de la multitud. Algunos se sacaron

los sombreros. Se insinuó un murmullo apagado, persistente, con algo de coro de rosario.

En los ojos lagrimecidos del viejo guerrillero carlista se humedecía un respeto misericordioso. Había renunciado a llevarse el cadáver a la iglesia. Mejor que nadie comprendía esa fe elemental de la montaña chilena que encarnaba en el bandolero su ansia de justicia y su miseria de siervos explotados.

Las medallas y escapularios, adheridos a la piel, protegían el cuerpo de ese hombre que, con un pañuelo en la cara, asaltaba los despachos y destrozaba los vales de los campesinos, aguijoneado por un obscuro instinto de revancha. Y ese choco de bandido que por algo no cayó en manos del Ñato, tenía para ellos no sé que de látigo bíblico, de venganza inesperada.

Lavada la herida, vistieron de nuevo el cadáver. Un caballo de cerros, cedido por un campesino, lo iba a llevar a Chillehue. Lo amarraron en la montura. La barba descansó en una horquilla de litre que fueron a cortar al monte. Los pelos rojizos se desgredaban en la cabeza pálida, en torno al nudo del pañuelo. Alguien advirtió esta falla del tocado de viaje y un anónimo sombrero de la campiña, roto en la copa y cubierto de manchas, fué metido por un lado en la cabeza del maestro Hilario.

Las riendas fueron alzadas y puestas en el arzón de la silla, como si el mismo muerto tuviese que guiar al caballo.

Un campesino tiró al jamelgo de las riendas

y la multitud abrió paso sin que nadie se lo ordenase.

En ese instante, una mujer flaca, envuelta a medias en un manto raído, barnizada del polvo rojo de los caminos, le salió al encuentro.

—La mujer del maestro Hilario, dijeron algunos.

Los brazos flacos, bronceados, se aferraron a una pierna del muerto. El delirio encendía sus ojos duros y estrangulaba su voz. Unos mechones tiesos, opacos de tierra, bailaban sobre la frente.

—¡Pobrecito! ¡Qué les habís hecho pa que te maten como a un perro! ¡Y era tan bueno, tan mano abierta! ¡A naiden le negaba un favor! La comaire Rosa comía en la casa y los niños, cuando murió el ijunto José.

Paseó un instante la mirada enfebrecida por el grupo, solemnemente callado de los campesinos y lloriqueó con agudo chillido.

—¡Y dejas a tu pobre mujer desampará y a tus chiquillos y a los de la comaire!

Las mujeres estallaron en sollozōs histéricos. El cura consiguió separarla de la pierna de su marido.

Volvió a ponerse en marcha el cortejo, pero el Ñato, cortando el paso, dejó caer estas palabras con implacable energía:

—La ley ordena que debe llevarse al occiso a Talca para el examen médico. Que lo diga on Juan, agregó, al ver el súbito movimiento de los rostros, coléricamente vueltos hacia él,

Se elevaron voces irritadas. Los hombres rodearon el caballo.

Se irguió, semejante a un ídolo, sobre el mar de cabezas oscuras, el cadáver del zapatero con su pañuelo negro, su rostro pálido y el sombrero sucio, cómicamente inclinado sobre las crenchas rojas, como el de un borracho que vuelve a su rancho, dormitando sobre la cabalgadura.

—¡Qué le van a hacer mi Dios!, gimió agudamente la mujer del maestro Hilario.

Se oían gritos, frases de mando, insultos y movimientos convulsivos de cabezas hirsutas. De pronto, la masa compacta de ponchos pareció expeler al Ñato hacia afuera, hacia el campo, sin carabina y sin quepis. Sin temor volvió al ataque, reclamando su arma.

La voz de mi amigo ahogó su gesto de protesta.

—¿Quieres que te maten? ¡Déjalos que se lo lleven! Ya veremos lo que se hace en Chillehue.

El Ñato se tranquilizó. Miraba de reojo el balanceo del muerto sobre las cabezas de los campesinos y estiraba calmadamente su chaqueta blanca y el pelo desordenado en la lucha.

En el polvo removido, pisoteado y sucio, se vió el quepis del Ñato. Lo recogió sin rencor, casi alegre, sacudiéndolo contra el tronco de un árbol. La carabina sí que no apareció.

—Esa se la llevan de reliquia, dijo Urrutia, al oír las protestas del soldado por la pérdida

de su arma. ¿No ves que con ella mataste al de los chocos?

En medio de una nube de tierra entró al camino la procesión. Falto de sonidos extraños, el silencio se posesionaba de nuevo del rincón. Se oyeron otra vez los gritos de zorzales y diucas. Vuelto el polvo a la tierra, el aire se hacía límpido. La luz otoñal hacía madurar el cielo como la pulpa de una inmensa fruta.

Subieron a caballo las autoridades de Chillehue. El Ñato en pos de ellos. Esta vez sin carabina. Iban tras del macabro cortejo, sin inquietud ni apresuramiento. Sólo el Ñato resplandecía, con su atisbona malicia y su absoluto dominio de sí mismo, a pesar de la pérdida de su arma.

Urrutia y yo nos miramos y sonreímos. Nuestro pensamiento coincidía en ese instante, aunque no hubiésemos cambiado palabra alguna.

En el fondo, sólo el Ñato representaba allí al capitalista, al dueño de la tierra. Frente a aquellos campesinos y a las autoridades de la aldea, sentíase como una prolongación del señor y los miraba con despreciativa altivez por su condescendencia con esos huasos, seguro de su triunfo final.

En pocos minutos, la soledad reinó en torno nuestro. Nos dimos cuenta de ello no sin sobresalto. ¿Y si los bandidos volvían a la casa asaltada?

A mi observación contestó Urrutia:

—No vuelven. Se esconden en el cerro hasta

la noche y mañana se descuelgan para el otro valle.

Y después de una pausa:

—Pero vamos en busca de los caballos. Sería cómico que se los hubiesen llevado.

En el camino, tropezamos con el sirio que había seguido inconscientemente la caravana, obsesionado por su dinero. Inspiraba lástima su desaliento febril y su traje roto, gris del trumao del camino. Apenas nos vió, acercóse moviendo los brazos.

—¿Dunde está mi blata, baisano? ¿Dunde está mi blata?

Mi amigo lo tomó afectuosamente del brazo, quizás para disimular la ironía de sus palabras.

—No piense en la blata, baisano, decía remedándole. Es para pagar el impuesto al campo chileno.

Pareció no entender. Sin mirarnos, con su andar indeciso, arrastrado, que levantaba montones de polvo, se alejó en dirección de las casas, mascullando las cómicas palabras de su monólogo.

—El turco pierde por el momento, me observó Urrutia, porque el rico no le dará indemnización alguna, pero él lo sacará a los campesinos en el peso del azúcar y de la yerba, ya que no se atreverán a asaltar otra vez el despacho.

Empezamos a subir la montaña. Aún estaban las huellas de nuestros zapatos en la greda húmeda de los senderos.

Hacía calor. Sentía el cosquilleo de la piel,

cubierta de sudor, y el poncho de Castilla tostaba mis hombros. La cara gorda de mi amigo parecía que iba a estallar. Gruesos goterones de sudor resbalaban por sus mejillas. Se detuvo al llegar al camino. Miraba con fijeza hacia el otro extremo del cerro, por entre los boldos.

—Allá van, me dijo. Tomaron el camino del bajo.

Flotaba un semicírculo de polvo, casi detenido en la base del monte. Los aldeanos no se veían ni se oían sus voces. Sentóse Urrutia en el suelo, en un relieve de la cuneta. Se limpió pausadamente el sudor con su pañuelo y me preguntó:

—¿No viste cuando el turco dijo que le pagaba veinte besos a la Brígida?

Seguía imitando burlescamente la pronunciación del comerciante.

—No me fijé, repuse.

—La Brígida es una chinita flaca que vivía en la casa del maestro Hilario. Es hija de la viuda de Pedro Lillo, un cuatrero que murió el año pasado en la Cordillera. Ella es la que dió la noticia del dinero que había en caja en el boliche para el pago de la quincena. Si el maestro Hilario no muere la dejan amarrada para alejar sospechas. Como el Ñato mató al bandido, no se preocuparon de ella. Y por miedo, la china se ha quedado en la casa, como si nada supiera. Ni aunque la cuelguen confesará. ¡Están muy bien enseñadas!

Guardó silencio unos segundos. Lanzó una



carcajada, y me explicó, al notar el asombro en mis ojos:

—¿No te fijaste que el maestro Hilario se afeitó para el asalto?

Con vivo relieve aparecieron en mi memoria los pelos rojizos y crespos que rodeaban el cuello del zapatero, el día que pasamos por su casa.

—Sí, en efecto. Lo recuerdo muy bien.

—Como para una fiesta de etiqueta ¿qué te parece?

Nueva pausa. Volvió a reír y agregó:

—¿Y el Ñato! ¿Qué superioridad sobre los aldeanos! ¿No cres que es de la misma pasta del zapatero, pero al revés?

Encontré muy exacta esta observación y le dije:

—Es cierto. En el sur, los trizzanos se formaron con los mismos bandidos que se sometían.

Se puso de pie y estiró con energía los brazos.

—¿Sabes que tengo sueño? ¡Fíjate que hoy no hemos dormido!

Le contesté irónico, que de eso estaba también seguro.

Se sacaba con gran cuidado los cadillos pringosos de los amores secos, adheridos a su ropa. Miró a su alrededor, de pronto.

—¿Y los mancos? ¿Dónde están?

—Creo que tenemos que subir ahora a la derecha, le observé.

—Me miró risueño y dándome un golpe amistoso en el hombro, dijo:

—No está mal el ojo para un santiaguino,

—¡Hombre! Algo he vagabundeado por mi tierra chilena, le repliqué.

Subimos a la derecha. Se veían los cardos tronchados por nuestra carrera precipitada del alba. Allí, la ramazón de los espinos, con su verde gris de otoño. Detrás, el anca angulosa de mi caballo y la cabeza negra de su yegua, sobre el anca.

Llevamos los caballos de tiro hasta el camino. Decidimos volver a la aldea. La mina toda asistiría al velorio del bandido en su casa de Chillehue, a la cazuela, al gloriado que, según el rito, es indispensable. Sería interesante presenciar la ceremonia y oír los comentarios de los campesinos.

—Ya verás, me observó, restregándose los ojos, si vuelves alguna vez por estos campos, cómo las viejas arreglarán un cobijo a la orilla de este camino y encenderán velas dentro de él. Dejarán todos los que pasan, monedas, cajas de fósforos y pedazos de pan para que el alma del pobrecito finado intervenga por ellos ante Dios.

Y de improviso:

—¿Sabes que, además de sueño, tengo hambre? ¿Galopamos?

Pusimos los caballos al galope.

Evoqué, en mis largas caminatas por los caminos de Chile, estas velas, chorreadas de su propia esperma, cuyas lengüecillas temblonas palidecen en la claridad de los días bajo un minúsculo cobertizo o llamean, en el crespón de las noches, junto a un recodo del camino.

Ahí está nuestro pueblo, cuya alma elemental se ahoga en la noche tenebrosa del indio y en la fe oscura, heredada de los conquistadores.

## INDICE

## INDICE

Pág.

---

On Panta.. . . . .	5
El Aguilucho.. . . . .	69
Salteadores de Chillehue.. . . . .	77



EDICIONES - ARCILLA

---

Colección Contemporáneos

\$10.—

N.º 21